

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas —(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio de la *Institución*: Paseo del Obelisco, 14.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.— Suscripción anual: 10 pesetas en la Península y 20 pesetas en el Extranjero.— Número suelto, 1 peseta.— Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.

AÑO XLVII.

MADRID, 31 DE DICIEMBRE DE 1923.

NUM. 765.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

El interés y el esfuerzo en sus relaciones con la educación y la voluntad, por *John Dewey* (conclusión), pág. 353 — Las bibliotecas escolares populares, por el *Dr. C. Napanga Agüero*, página 358 — Educación del esfuerzo, por *Ernesto Winter*, pág. 363 — Revista de Revistas: Suiza: «Archives de Psychologie» (conclusión), por *D. D. Barnés*, pág. 369.

ENCICLOPEDIA

Nuevos principios científicos: Opiniones modernas sobre la política y la filosofía moral, por *D. A. T. Hadley* (conclusión), pág. 372.

INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM: Recuerdos de una vida ejemplar. Giner de los Ríos, por *Un Amigo de Giner*, página 380.

PEDAGOGÍA

EL INTERÉS Y EL ESFUERZO EN SUS RELACIONES CON LA EDUCACIÓN Y LA VOLUNTAD (1)

por *John Dewey*.

(Conclusión.)

Abordemos ahora el problema de las relaciones entre el interés y el deseo y entre el interés y el esfuerzo. El deseo y el esfuerzo son, los dos, en su acepción legítima, faces de interés mediato. Son correlativos y no opuestos; el uno y el otro no existen sino cuando el *yo* se propone un fin alejado. Cuando la energía se despliega por su propia cuenta, el esfuerzo y el deseo no existen. Ellos implican, en efecto,

tanto el uno como el otro, un estado de tensión interna producido por la oposición entre el ideal perseguido y las condiciones que permiten alcanzarlo. Esta tensión se llama *esfuerzo*.

Cuando consideramos la necesidad de transformar este estado de cosas para hacerlo conforme a nuestro ideal, nosotros consideramos entonces el proceso interno desde el punto de vista de la idea, preguntándonos cómo podrá realizarse. Por el contrario, esta tensión se llama *deseo* cuando nosotros pensamos en las energías interiores que exigen esta realización, que se dirigen hacia adelante para realizarla, y para hacer convertir la idea en hechos; nosotros consideramos el proceso desde el punto de vista de los medios de que disponemos para alcanzar el ideal. Pero tanto en uno como en otro caso, existen obstáculos que vencer, y siempre también persistencia de la actividad interna que se opone a ellos. Lo que en realidad diferencia específicamente el deseo de las vagas aspiraciones, es precisamente el esfuerzo, y el deseo no se despierta más que al toque de campanas del esfuerzo.

Discutiendo los caracteres del interés, se puede insistir, sea sobre la finalidad, o sobre la idea perseguida, o sobre los medios, y considerar, en consecuencia, sea el lado intelectual, sea el emotivo del proceso psicológico; la finalidad tiene cierta tendencia a realizarse, a vencer las resistencias, y de aquí la presencia del sentimiento del esfuerzo. Los poderes del espíritu tienen la tendencia a continuar la lucha, para

(1) Véase el número 763 del BOLETÍN.

expresarse completamente y alcanzar el fin alejado: de aquí la presencia de un deseo.

Siempre se habla del apetito como de algo ciego y desordenado; se ve en él una función que no tiene otro fin que satisfacerse a sí misma, sin tener en cuenta las circunstancias y el interés del yo. En esas condiciones, el apetito no está más que presente, no es conocido aún.

Obra independientemente de todo lo que le condiciona; no es ni inteligente ni racional. No conduce más que a un gasto inútil de energía. En todo apetito violento hay gasto considerable de energía física y psíquica, y cuando el individuo no es consciente del fin al cual tiende alguna de sus funciones, alguno de sus apetitos, nada dirige a estos últimos y la energía se gasta al azar, bajo la presión de estimulantes fortuitos. El organismo se agota entonces sin realizar nada objetivo o positivo. El desorden y la agitación están en desproporción con los resultados obtenidos. Cuando la energía ha sido estimulada y se ha gastado, se siente una satisfacción pasajera, y esto es todo lo que ha podido producir semejante excitación.

Hay una diferencia notable entre el apetito ciego de los animales inferiores y el del hombre. Entre los primeros, aunque el apetito sea ciego e inconsciente de sus fines, lo buscan, sin embargo, por una especie de armonía preestablecida en la estructura del animal. El miedo les sirve para huir u ocultarse, la cólera les da la fuerza para atacar o defenderse. Es muy raro que en el animal, las sensaciones provoquen un gasto de energía absolutamente perdido. En cuanto a los apetitos ciegos del hombre, por el contrario, necesario es decir que la mayor parte de ellos exigen una adaptación para poder rendir servicios regulares y durables. No es dudoso que el miedo y la cólera puedan ser útiles al hombre, como lo son para el animal, sino que deben sufrir una educación, mientras que en este último alcanza su finalidad sin eso. La tarea propia de la cólera es, sin duda, la de destruir los obstáculos que se oponen a la realización de un ideal; pero en el niño, la manifestación de un despliegue de cólera deja

subsistente el obstáculo tal cual es, y, además, agota el organismo. El sentimiento ciego, pues, debe ser racionalizado, y por esto, el agente debe tener conciencia de la finalidad y vigilar las energías que el sentimiento hace nacer.

Así, para que el yo pueda expresarse de una manera regular, es preciso, en definitiva, que tenga conciencia del fin y de los medios de que dispone. Cada vez que resiente alguna dificultad para coordinarlos, el yo siente emociones. Cada vez que por un lado se presenta la idea correspondiente a una finalidad o a un objeto, y cada vez que, de otro lado, los impulsos y los hábitos activos se despiertan como una tendencia a convergir inmediatamente hacia la idea, entonces se produce una agitación, una turbación, que, desde el punto de vista psíquico, es una emoción. Es un hecho bien conocido que desde que un hábito se ha formado definitivamente, el elemento emocional desaparece. Pero entonces, si se quita el fin al cual este hábito se ha adaptado, y se le hace bruscamente servir a otro fin, la emoción reaparece de inmediato, la actividad está en un estado de tensión, pero no puede desplegarse, puesto que la antigua finalidad falta, y porque no sabría dirigirse por sí misma hacia el fin desacostumbrado que se le propone. De allí resulta una lucha entre el hábito y la finalidad, entre el impulso y la idea, entre los medios y el fin. Este estado de tensión y de lucha es la característica esencial de la emoción.

Se ve entonces claramente que la función de una emoción es la de proveer una dosis de energía suplementaria en los períodos críticos de la vida. Cuando se nos propone un fin nuevo y desconocido, difícilmente accesible, nuestra tendencia natural es la de abandonar su persecución. Pero es precisamente la novedad de ese fin lo que a menudo le hace adquirir importancia a nuestros ojos. Despreocuparnos de él sería una cosa seria y tal vez fatal. Entonces, la misma dificultad de adaptarnos al fin provoca el despertar de impulsos y de hábitos que refuerzan las capacidades y el recurso del agente. Las emociones luchan, pues, contra lo que hay de dema-

siado nuevo en las situaciones imprevistas, en forma necesaria para estimular las energías del yo.

El estado moral normal consiste en el equilibrio entre el elemento emotivo y el ideal. Si el primero es demasiado difuso, el agente moral carece de poder motor. Si, por el contrario, es demasiado poderoso, el agente es incapaz de asir los poderes que se han despertado; entonces está más o menos fuera de sí, es conducido por su propia agitación, recae en un estado donde triunfan los sentimientos ciegos.

El deseo no es idéntico a los impulsos y a las sensaciones ciegas. Difiere del apetito animal en que siempre es más o menos consciente de su propia finalidad. El que desea se da cuenta del objeto de su deseo, y esta conciencia refuerza sus tendencias activas, estimula los medios necesarios para lograr el deseo. Pero si el deseo no es un estado puramente impulsivo, tampoco lo es puramente intelectual. Cuando un objeto está presente en la conciencia a título de simple objeto que no estimula la actividad, ocupa un lugar puramente estético y teórico. Hará nacer, a lo más, buenas intenciones y un vago sentimiento de deseo, que no es un verdadero deseo, es decir, algo activo.

La verdadera utilidad moral del deseo es, pues, idéntica a la de la emoción, de la cual no es, por otra parte, más que una faz especial. Su papel en la vida es el de estimular los medios necesarios para la realización de un fin que sin él no sería más que un asunto de pura contemplación estética o teórica. Nuestros deseos son la prueba de que ciertos fines, ciertas ideas, han hecho presa de nosotros. Ellos expresan nuestra fuerza de carácter, nuestra capacidad de obrar.

Atestiguan asimismo la sinceridad de nuestro ideal, pues una pretendida finalidad que no despierte ningún deseo es engañosa. Son la prueba de que nuestro ser moral sufre una disociación, una desastrosa hipocresía.

Es preciso, pues, arribar a equilibrar el deseo, para hacer de él un factor de nuestro desarrollo moral.

Pues el deseo tiende continuamente a destruirse. Energía esparcida para servir como medio, el deseo tiende a expresarse por su propia cuenta independientemente del fin. Es impaciente; va demasiado a prisa, y dejado sin vigilancia no hace más que sobreexcitar. No basta, pues, que la contemplación de un ideal libere instintos; es preciso aún que la conciencia del fin alcanzado persista, después que la excitación se ha producido para dirigir la energía puesta en obra.

He aquí, pues, que debemos considerar las relaciones entre el placer y el deseo. Es evidente que el deseo encierra siempre un elemento más o menos agradable en la misma medida en que el yo tiene conciencia del fin que va a permitirle expresarse. Pues ese fin es en sí mismo una satisfacción, y todo lo que conduce al hogar de la conciencia despierta un sentimiento de placer. La utilidad psicológica de ese placer es la de dar al fin tal ascendiente sobre el yo, que sea capaz de anhelar y de efectuar la realización práctica. El placer normal es, pues, un instrumento, pero puede ser alejado de su verdadera utilidad y no servir más que para procurar un estado de conciencia agradable. En lugar de permanecer siendo un medio, se convierte entonces en un fin. El *laisser-aller* moral no tiene otra causa que esta mala utilización del placer.

Pero se dirá: no se ve muy bien la relación entre lo que precede y la psicología del interés. Y bien: precisamente, nuestro análisis del deseo nos lleva directamente a la cuestión del interés inmediato. En efecto; el deseo normal no es más que un caso particular de esta clase de interés. No se puede realizar un estado de equilibrio entre los impulsos, por un lado, y la idea o el fin, por el otro, sino cuando el fin interesa al yo lo suficiente como para prevenir un gesto demasiado rápido de energía emocional inútil y para dirigir a ésta de manera que permanezca tributaria del fin que hay que alcanzar. Es preciso que el interés despertado por el fin se disperse por cada uno de los medios. Una fuerza emotiva en actividad, esto es, el interés, que se le

puede definir también así: un impulso que funciona como un medio de realizar un ideal mediante el cual el yo se expresa.

El interés hacia el fin calma y disciplina el deseo. Pues un deseo demasiado violento, como una aversión demasiado fuerte, se destruyen por sí mismos. El cazador novicio está tan impaciente por matar la presa, se encuentra tan violentamente impulsado hacia el fin, que es incapaz de ejercer sobre sí mismo el dominio necesario y tira al azar. El cazador experimentado conserva todo el interés por la caza, pero asimismo tiene concentrado completamente ese interés sobre cada uno de los medios que le permitirán lograr su deseo. Lo que le preocupa no es sólo la idea de matar al animal, sino el pensamiento de las etapas sucesivas necesarias para llegar al fin. Identifica los medios con el fin; el deseo se ha hecho un interés mediato. El ideal está, por decirlo así, muerto como ideal puro, pero resucita en cada una de las capacidades de que el yo dispone.

Hasta aquí hemos examinado los procesos por los cuales el yo se expresa de una manera mediata, teniendo en cuenta, sobre todo, los medios. Debemos ahora encarar el problema de los fines, y trataremos rápidamente el origen y la función del fin o del ideal.

En cuanto a su origen, el ideal es normalmente una proyección de nuestros poderes de acción. El ideal no se forma en el vacío, y no se introduce de afuera en el yo. No es más que nuestros poderes activos, que tratan de adquirir conciencia de sí mismos y comprender cuál es su papel permanente y su significación final en el conjunto de la vida psíquica (y no simplemente como hechos aislados y momentáneos). En una palabra: el ideal es el impulso consciente de sí mismo; es el impulso que se interpreta, que se evalúa de acuerdo con las posibilidades que encierra.

De allí deriva su función. Si el ideal tuviera una génesis independiente de los poderes activos, sería imposible concebir cómo podría provocar una acción.

La actividad psíquica necesaria para

trasformar este ideal puro en una realidad concreta faltaría en absoluto. Pero es precisamente porque el ideal es una proyección — en términos intelectuales — de esta actividad psíquica, por lo que es inevitablemente una idea fuerza. Es tanto motivo como ideal.

En otros términos. Cuando el ideal hace función de motivo, estamos en presencia del mismo hecho que comprobamos antes al estudiar la transformación del deseo en interés mediato. En este último caso nos colocábamos en el punto de vista de los medios, y en el primero, en el punto de vista del fin. Así, cuando más demore un ideal en hacerse motivo, más nos prueba que no era un ideal definitivo. Existen conflictos de ideales. El yo puede encontrarse entre dos fines deseables y posibles, de los cuales el uno corresponde a un conjunto de sus poderes activos, y el otro, a un conjunto diferente de impulsos y de hábitos. Entonces los pensamientos, las reflexiones no convergen; el yo no se ha encontrado todavía a sí mismo; ignora lo que quiere. Se encuentra dificultado para expresarse y ensaya, ora el uno, ora el otro de sus medios de expresión. La persecución de un solo ideal, de un solo fin, indica que el yo ha encontrado su unidad de expresión. Tan sólo en este momento, cuando el ideal no encuentra ya oposición, comienzan a realizarse concretamente. Se hace un motivo.

El interés que se despierta pasa por endósmosis a los impulsos y a los hábitos, y los transforma en fines presentes. El interés unido a los impulsos y a los hábitos penetrados por el ideal, hé aquí en qué consiste un motivo.

El esfuerzo normal es, precisamente, esta tendencia del ideal a realizarse, su lucha por convertirse en motivo. Un ideal vacío y formal es el que no ha sido sugerido, engendrado, por las potencias activas del individuo. Como carece de cualidades dinámicas, no puede afirmarse, no puede llegar a ser un motivo de acción. Pero cuando el ideal es realmente una proyección, una traducción racional de las potencias latentes del yo, trata de expresarse,

persevera, a pesar de los obstáculos, y se esfuerza para transformar estos mismos obstáculos en instrumentos favorables a su realización concreta. Es en la medida en que él persiste en la lucha como es verdaderamente, y no de manera nominal, un ideal auténtico, forma consciente de expresión personal.

He aquí una ilustración de este principio. Cuando una persona ha faltado a su deber, y se justifica alegando sus buenas intenciones o las presenta como circunstancias atenuantes, ¿qué es lo que determina a nuestros ojos el valor de sus excusas? Nosotros examinamos si ha tratado o no, de parte de su intención, de su ideal, un esfuerzo para realizarse, y si los obstáculos exteriores han impedido absolutamente esta realización. Si estos obstáculos insalvables no existían entonces, sacamos en consecuencia que esa persona nos engaña o se engaña a sí misma. Lo que ella llama buenas intenciones no son, en realidad, más que vagas aspiraciones sentimentales, ideas prestadas, convencionales, sin arraigo verdadero sobre su yo. La piedra de toque de la vitalidad de un fin, de su autenticidad, es la persistencia a despecho de los obstáculos.

Por otra parte, el esfuerzo concebido como una tensión de la voluntad hacia lo que carece de interés es una anomalía que se presenta cuando el fin propuesto al yo no es reconocido por él como una forma de expresión personal. En este caso es exterior al yo, y, por lo tanto, falto de interés. Cuando el esfuerzo es consciente, es el indicio de una tensión factible, por la cual el yo trata de alcanzar un fin que no forma parte integrante de él mismo. Exige un estimulante externo: es artificial y trae consigo cierto agotamiento. En estas condiciones, no sólo el esfuerzo no contribuye en nada a la educación moral, sino que desempeña un papel posiblemente inmoral. Es imposible hacer llamada a los impulsos activos y perseverar en ellos; es preciso entonces, para poner en movimiento esos impulsos, emplear motivos relativamente inmorales, tales como el miedo egoísta, el temor a una autoridad exterior, un hábito

puramente mecánico o la esperanza de una recompensa.

Es fácil ver ahora que tanto las teorías que hacen del placer un motivo como las que recurren al esfuerzo artificial llegan prácticamente a un mismo resultado. La teoría del esfuerzo implica siempre una llamada al placer o al dolor como móvil de acción. Y la teoría del placer, por su ausencia del fin intrínseco que se apodera de las energías psíquicas y las dirige, debe recurrir continuamente a elementos exteriores para excitar esas energías desfallecientes. Es un lugar común de la moral, que nadie gasta más esfuerzos inútiles que aquel que busca únicamente su propio placer.

El resultado de nuestro análisis psicológico es, pues, idéntico al que hemos obtenido examinando las experiencias del educador. Nosotros hemos visto que los esfuerzos de éste para hacer las cosas interesantes, y agregar algún placer a los hechos fastidiosos por sí mismos, producen alternativas de sobreexcitación y de apatía. Es un hecho de experiencia. La psicología del esfuerzo nos enseña que el placer tomado como fin trae necesariamente, por una parte, un gran gasto de energía inútil, y por otra, una dispersión desordenada de esas energías.

La observación enseña a los educadores que si se *hace una llamada* a la «voluntad» cuando el niño no tiene ningún interés por el tema que se le presenta, se habitúa a los alumnos a disociar su atención y a hacer maquinalmente su deber de una manera puramente externa, mientras que su imaginación vagabundea sin dirección. Los psicólogos nos enseñan que el interés del yo por un objeto o por un fin indica que el yo ha descubierto su ruta y sus necesidades propias. En ese caso, los esfuerzos del yo se justifican, sabe por qué debe desplegar su energía: es por alcanzar un fin al cual aspira, y que le permitirá expresarse.

A los ojos del educador, el esfuerzo y el interés normales aparecen como dos procesos idénticos de expresión normal. Nuestro análisis psicológico justifica plenamente este postulado práctico de la educación.

LAS BIBLIOTECAS ESCOLARES POPULARES

por el Dr. C. Napanga Agüero (1),

Director de Bibliotecas escolares de Lima.

El III Congreso Americano del Niño, exhorta a las Autoridades correspondientes de los Estados de la América Latina a organizar bibliotecas escolares populares, según las normas establecidas en el presente estudio.

Todos los que miran por la escuela primaria—institución de considerable valor social, y que, por lo mismo, ha inquietado e inquieta a cuantos buscan el mejoramiento de la Humanidad: políticos, filósofos y sociólogos—, procuran, cada día con más ahinco, robustecer, en primer término, su acción intelectual y civilizadora, ampliando extraordinariamente su concepto como instrumento de instrucción popular.

A tal empeño se deben las obras circun y postescolares, complementarias y auxiliares de la escuela elemental, las cuales tienden particularmente a favorecer la asistencia de los niños—reteniéndolos el mayor tiempo posible en los bancos de la escuela, a fin de que completen la instrucción apropiada a sus necesidades inmediatas—y a proporcionarles después de su salida ocasiones agradables para reunirse a menudo en torno del maestro, principal forjador de las citadas obras, a las que están vinculados los amigos verdaderos de la educación del pueblo.

Entre las obras de que hacemos mención, sobresalen especialmente las bibliotecas populares, destinadas a mantener una corriente de ideas y de cultura entre la escuela y la sociedad, y a continuar y vigorizar asimismo su acción social por medio de la difusión del libro, que conserve vivo el hábito de la lectura, que es fuente de saber, por lo menos, de los diarios y de las revistas, que son los instrumentos más simples para extender la instrucción rudimentaria que se adquiere en la escuela de primeras letras, y para no permanecer aisla-

(1) El Dr. C. Napanga nos envía el reglamento de las bibliotecas escolares del Perú. Las presentes notas forman un suplemento del folleto en que se publica el reglamento.

do en el mundo de las ideas y de los sucesos en que se vive: instrucción que, por otra parte, en la mayoría de los casos, se adquiere demasiado rápidamente, desapareciendo, por lo tanto, con facilidad, si no se busca su continuación y su subsistencia por medio de los expresados centros.

Allí donde no llega el diario, dice un autor, no hay vida: y al diario debe seguir la revista, que une el diario y el libro, que es la cultura sistematizada, compendiada, que promueve las más nobles manifestaciones del hombre, que condensa y perpetúa el pensamiento de la Humanidad, difundiendo las ideas, los sentimientos, haciéndose así partícipes a todas las riquezas acumuladas por los pensadores, y que, convertido en efficacísimo instrumento permanente de autoeducación, aumenta el valor social del individuo por la adquisición de mayores conocimientos, que le consienten prestar a la sociedad una colaboración más activa y fecunda.

Ha dicho un escritor francés que el pueblo de los Estados Unidos de América del Norte ha proclamado como la cosa más natural—y no porque los creyentes disminuyesen—que a la era de las catedrales había sucedido la de las bibliotecas, o, con otras palabras, que la Unión Americana era el país de las bibliotecas, ya que no se concebía ninguna agrupación de hombres sin escuelas y sin biblioteca; hecho que se explica, no tanto por el desarrollo de la cultura general del pueblo (el 93 por 100 de los habitantes en edad escolar recibe los beneficios de la instrucción), como por el amor que se tiene a la lectura, que se remonta a la lejana época de los primeros colonos de la nueva Inglaterra, quienes, según lo hace notar Leroy Harrison, poseían, en general, cierta cultura, lo mismo que los puritanos ingleses llegados en 1620 en el «Mayflower», la mayoría de los cuales eran dueños de una pequeña biblioteca privada, lo que indudablemente influyó para que algún tiempo después—en 1638—se creara la biblioteca de la hoy famosa Universidad de Harward, que fué puesta

al servicio de los profesores y de los alumnos exclusivamente.

Cien años más tarde, Franklin imaginaba la fundación, por suscripción, de una biblioteca pública en Filadelfia. Había pocos libros en esta ciudad, y Franklin propuso, «en nombre de muchas personas aficionadas a la lectura», que se compraran en Inglaterra, a expensas de una Asociación que alcanzó a contar hasta 100 suscriptores, lo que permitió el establecimiento de la biblioteca, que, según dice aquél en sus Memorias, fué la «madre» de las que existían varios años después, y que sirvieron para que la conversación fuese más instructiva y para derramar entre los mercaderes y los hacendados tantas luces como las que tenían las personas de otros países que habían recibido educación, contribuyendo quizás así a la organización de la resistencia vigorosa opuesta por todas las Colonias cuando se quiso atacar sus privilegios.

A pesar del alto valor social de la iniciativa de Franklin, no se alcanzó a realizar completamente el ideal de la biblioteca pública popular sino en 1835, año en que el Gobernador del Estado de Nueva York propuso a la Asamblea Legislativa la creación de bibliotecas en los distritos escolares, las cuales, según los términos de la ley respectiva, servirían menos al niño que frecuentaba la escuela, que a los adultos que la habían abandonado, pues su principal objeto era poner al alcance de todos los habitantes del distrito una colección de obras sanas, apropiadas para cultivar la inteligencia y proporcionar conocimientos útiles.

La idea del Gobernador del Estado de Nueva York no tardó, naturalmente, en ser seguida por otros Estados, particularmente por el de Massachussetts, donde Horacio Mann se ocupaba en el desarrollo de la instrucción del pueblo, estableciéndose, en consecuencia, en casi todos, bibliotecas de distrito; bibliotecas que en 1858 contaban con 1.604 210 volúmenes y que fueron reformadas completamente en 1889, pero conservando el carácter de órganos de la educación nacional.

Actualmente la mayoría de estas bibliotecas, democráticas por excelencia, son algo más que depósitos de libros, donde todos tienen fácil acceso; significan una institución social que consiente en ser la expresión de las tendencias del pueblo, tendencias a las que se hace servir de mucho, para en torno de ellas condensar todo lo que contiene el libro.

Así, la biblioteca se ha convertido en un centro social del vecindario, como lo son la escuela y la Universidad. Atraer al lector es el objeto principal de la biblioteca, y para conseguir esto, se emplean los medios más diversos: ambiente grato, flores, llaneza y simpatía en el trabajo, acceso franco hasta los libros mismos, salas de juego y de fumar para los hombres y de costura para las mujeres, gimnasio, baños, salas donde se enseñan juegos o se relatan cuentos a los niños.

Más que en la virtud secreta del reglamento o de sistemas de clasificación, dice Nelson, se piensa que en todo este humanismo es donde reside la eficiencia de las bibliotecas populares, que no se puede disputar a los Estados Unidos de la América del Norte, que, como es notorio, ocupa el primer puesto en lo que se relaciona con la intensidad y vigor en la popularización del libro.

Aparte de los Estados Unidos de la América del Norte, los principales países de Europa y de la América del Sur han prestado particular atención al establecimiento y desarrollo de las bibliotecas populares, lo mismo que a la intensificación de su acción como instrumentos de difusión de cultura, sobre todo en la República Argentina, donde, por iniciativa del presidente Sarmiento —quien tanto se desveló por extender la educación del pueblo—, se sancionó en 1870 la ley que establece que las bibliotecas populares instaladas o que se instalen en las ciudades, villas y demás centros de población serán auxiliadas por el Tesoro Nacional.

También el Uruguay ha contribuido, por iniciativa privada —moción hecha por el

Dr. Carlos María Ramírez en una de las primeras sesiones de la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular*—, a la difusión del libro por medio de los expresados centros. Así, cumpliendo la recordada moción, la Corporación citada hizo circular, en 1874, un folleto, en el cual invitaba a los habitantes de la campaña a que establecieran bibliotecas populares, ofreciendo encargarse gratuitamente de la compra de los libros que se le indicaran en una lista formada al efecto, además de comprometerse a enviar un 30 por 100 más del dinero que se le remitiera con el mencionado fin.

José Pedro Varela, el ilustre reformador de la instrucción pública primaria de Montevideo, que en su viaje a los Estados Unidos de América del Norte, en 1868, vió en la escuela — influenciado por Sarmiento, según refiere uno de sus biógrafos — un medio eficaz para alcanzar el mejoramiento social del Uruguay, manifestando que había que difundir la educación en todas las clases, que iluminase la conciencia del pueblo y preparase al niño para ser hombre, y al hombre para ser ciudadano; que en 1874, en su obra *La educación del pueblo*, consideraba conveniente que hubiese en la escuela una biblioteca cuyos libros pudieran leer los niños mayores, ya para profundizar los estudios, ya para contraer el hábito de leer, en su propósito de trasplantar al país las ideas y la organización escolar de los Estados Unidos de la América del Norte, se expresa como sigue en su libro *De la Legislación Escolar* (análisis admirable del estado social del Uruguay hace uno cincuenta años) respecto de las bibliotecas escolares y populares: «Sólo para hacerlas más útiles es que esas bibliotecas (se refiere a las bibliotecas escolares de distrito) son también populares; su objeto primordial es servir a la escuela, de manera que, desde los primeros años, los niños adquieran el hábito de leer, y ese objeto primordial de las bibliotecas escolares y populares de distrito es el que explica y autoriza la facultad concedida a la Comisión nacional de educación para preparar la lista de los libros apropiados para tales bibliotecas.»

Aceptadas las precedentes ideas de Varela al sancionarse la ley de Educación común de 1877, modificada en 1885, y que todavía está en vigor, quedó autorizada en el país la creación de bibliotecas escolares y populares públicas en las localidades más aparentes, a juicio de las Comisiones de instrucción primaria, debiendo las autoridades escolares superiores formar la lista de los libros adecuados.

*
*
*

Organizadas en la forma en que están actualmente las bibliotecas populares de que habla la ley de Educación común, ¿responden a la finalidad que deben cumplir como obra complementaria y auxiliar de la escuela elemental moderna, manteniendo los efectos educativos de ésta y extendiéndolos hasta el pueblo?

Trasformadas y organizadas, según indicamos más adelante, la acción de las expresadas bibliotecas, será realmente eficiente en el sentido de ampliar la cultura del niño y del adulto, pero del adulto de limitados conocimientos sobre todo (obremos, pequeños comerciantes e industriales, modestas madres de familia, etc.), aparte de servir a aquellos que sólo busquen en el libro un honesto y ameno pasatiempo, y también a los maestros y a los aspirantes, a cuyo efecto se formarán principalmente:

Con obras destinadas al recreo e instrucción de los niños, que son imprescindibles, pues además de servir para que el niño aprenda desde la escuela a utilizar el libro, lo que le permitirá continuar su instrucción después de abandonar las aulas (tempranamente en la mayoría de los casos), sirven para que las lecciones del maestro alcancen todo su valor, y para lograr también que la enseñanza resulte más provechosa, desde que el niño recogerá con su manejo muchas e interesantes informaciones, de las cuales un espíritu avisado puede obtener grandes beneficios desde el punto de vista educativo e instructivo.

Con obras que tiendan particularmente al mejoramiento intelectual y moral del pueblo, y a proporcionar honesta distracción; con obras que estén de acuerdo con

el ambiente de la región o del barrio a que deban servir, es decir, que cooperen a practicar mejor un oficio, un arte, una industria, etc., y, especialmente, con obras de Historia y Geografía del país y con obras de autores nacionales, a fin de que la biblioteca sea también un factor de nacionalización que contrarreste el avance de las lenguas extranjeras e intensifique en lo posible el sentimiento de la Patria, que no debe descuidarse la difusión de la literatura nativa, y, por consiguiente, al fomento de la producción de obras nacionales, que es conveniente buscar por todos los medios posibles; las obras que sirvan para extender la cultura profesional y general de los maestros, y para ayudar a la mejor preparación de los aspirantes.

Además, deberán tener a disposición de los lectores algunos periódicos y revistas ilustradas, entre los que han de contarse los de Pedagogía y ciencias afines que sirvan a la generalidad de los maestros (impedidos por las tareas diarias de consagrarse a la lectura de las numerosas y diversas obras pedagógicas que aparecen continuamente), para tener noticia exacta de los principales libros aparecidos, de las experiencias pedagógicas importantes emprendidas, de las reformas propuestas o realizadas en el vasto campo de la enseñanza, y aumentar, en consecuencia, el caudal de sus conocimientos, aparte de las sugerencias que puedan proporcionarles.

* * *

Habrà de tenerse muy presente en la organización de las bibliotecas escolares, a fin de obtener con su establecimiento los mayores beneficios posibles, que deben principalmente difundir el libro y no conservarlo; ser fuentes y no estanques, según la expresión feliz de Dewey, y que, por consiguiente, por el horario que se fije, por la abundancia y variedad de las obras (que se procurará renovar a menudo), y por las facilidades que se brinden para la lectura en el local de la biblioteca, sea ésta el más democrático centro de cultura, que sirva a todas las razas y a todas las clases y condiciones de hombres, distribuyen-

do ampliamente los pensamientos de las grandes inteligencias, de manera que las buenas ideas se conviertan en patrimonio de todos.

Las bibliotecas escolares se agregarían a una de las escuelas públicas de los barrios de las ciudades o pueblos del país en que su acción fuese más necesaria, y su cuidado se confiaría al maestro director de la escuela, que sería especialmente remunerado y que no debería tener clases a su cargo, ya que sólo así le sería posible compartir las funciones de maestro y de bibliotecario, y al cual auxiliarían los empleados que fuesen necesarios, quienes procurarían, por todos los medios que estén a su alcance, hacer atractiva la consulta de las obras y fácil y codiciada la lectura, suministrando a los lectores, niños y adultos, etc., toda las indicaciones que necesitasen.

Además, convendría que los directores regionales se interesaran en el funcionamiento de los mencionados centros de cultura, en el sentido de indicar, a los efectos consiguientes, qué obras sería también útil adquirir, y qué medidas podrían tomarse para extender todavía más la acción educativa de las bibliotecas escolares.

Tendrán las bibliotecas escolares una misión muy importante que cumplir, particularmente en los distritos, pueblos, etcétera: circular el libro, pues debe pensarse en que a la mayoría de los lectores de los pueblos que tienen campaña les falta tiempo para concurrir a las salas de lectura de las bibliotecas, y en que, permitiéndose que el libro se lleve a domicilio, se contribuye al fomento del hábito de la lectura y del amor al estudio, extendiéndose, por consiguiente, la obra social de la biblioteca, que no puede negarse es la más activa, más provechosa, más indispensable de las obras intelectuales, pues mientras otras tienen una acción temporaria en la vida humana o dependen de las circunstancias o de la situación del momento, o su influencia disminuye con el tiempo, las de la lectura son generales, continuas, sin intermitencias, perpetuas, y sirven a todos, desde el niño hasta el anciano; guían a la infan-

cia y consuelan a la vejez; confortan a los débiles y sostienen a los que vacilan.

El libro se llevaría a los distritos, a las campiñas, por medio de las bibliotecas ambulantes, a cargo de los auxiliares regionales, quienes serían los encargados de hacerlo circular entre los vecinos, utilizando al efecto a los alumnos de la respectiva escuela (y también, entre los más adelantados de éstos, con recomendación de leerlo en voz alta en el hogar durante las reuniones de la familia); libro que se escogería de lectura amena y sencilla, confortante, fecunda en enseñanzas morales y patrióticas, que despertase y vigorizase el amor a la vida y a los semejantes, al trabajo, a las plantas, a los animales, industrias, etc., y que, además de servir para ensanchar el campo de los conocimientos adquiridos, sirviese también para propagar ideas sanas en el medio en que ejercitase elevada función el maestro, quien, por otra parte, no debería limitarse a instruir a los niños, sino que debería asimismo contribuir al aumento de la instrucción del adulto y a su mejoramiento moral, organizando al efecto conversaciones sencillas sobre asuntos de interés y utilidad para el vecindario.

* * *

Aparte de la obra eficiente que han de realizar las bibliotecas escolares como instrumentos de educación popular y de difusión de la cultura, según dejamos consignado, deben también realizar otra obra de igual o mayor importancia social: atraer a los padres de los alumnos de las escuelas, buscando la mejor oportunidad para que el maestro se ponga en contacto con el hogar y que aquéllos no se interesen sólo por la instrucción de sus hijos, convirtiéndose al efecto en un centro de actividades sociales, fuera de servir para proporcionar honestas distracciones, que, a la vez que sean útiles para extender la mentalidad del pueblo y ensanchar su espíritu, le permitan alcanzar horizontes más dilatados que los de la existencia común, despertando su atención sobre los grandes problemas de la vida del hombre y hacién-

dole amar cada día más la justicia y la libertad, lo que vincularía estrechamente la escuela y la familia en la realización de la obra de amplio mejoramiento social de la colectividad.

Además de lo dicho, la aproximación del pueblo a la biblioteca serviría para que se conocieran mutuamente los habitantes del barrio, y, por consiguiente, que fuera posible amparar muchas iniciativas tendientes al progreso de la educación popular; iniciativas que el maestro debería fomentar, ilustrando a los padres sobre la trascendental misión social de la escuela y sobre la responsabilidad que les cabe en la educación de los hijos, en su orientación y en su preparación para la vida, no debiendo, por lo mismo, despreocuparse de la forma en que la escuela realiza esa tarea, y menos de cambiar ideas e impresiones al respecto con el maestro, lo que es indispensable, desde que, en su mayoría, carecen de la competencia y de la experiencia necesarias para educar a aquéllos, debiendo, por lo mismo, buscar su ayuda profesional.

A este fin elevado puede servir la Biblioteca, desde que sería también un valioso incentivo para alcanzar la colaboración fecunda de la familia y de la escuela en la educación e instrucción del niño, y para lograr que los padres se acerquen al maestro, quien, de otro lado, no debería descuidar ese contacto, hablándoles de lo que hace y de lo que no hace la escuela, de la trascendencia de su profesión, de sus ideales; y desde que ha de ser frecuentemente consultado por los padres de los alumnos sobre las lecturas que deberían hacer, el maestro aprovecharía la ocasión para contribuir así en forma eficiente a que la compleja obra de la educación del niño sea todo lo perfecta que debe ser, dando cuidadosamente todos los consejos que se le pidieran, con lo que se atraería, además, la consideración y el aprecio popular, necesario para la eficacia de una acción fecunda en la escuela.

A fin de mantener viva la acción social de la escuela, y aun para obtener la ayuda material para aquellas obras que en favor

de la cultura se proponga realizar el maestro, atrayendo a los padres de familia (aparte de la atracción que ya ejerce la biblioteca por medio del periódico, de la revista y del libro), y también con el objeto de fortificar los lazos de amistad y de compañerismo que se engendran al calor de la escuela, y que la vida va enfriando hasta reducir a la nada los afectos más puros y acendrados de la infancia, se organizaría, de tiempo en tiempo, por ejemplo, en los aniversarios gloriosos de la Patria, una fiesta (que podría llamarse «Fiesta de la Biblioteca»), cuya finalidad esencial sería continuar, en otra forma, la cultura comenzada en la escuela, despertar el sentimiento de solidaridad, conservar el afecto entre maestros y alumnos y alegrar la vida escolar con actos que pongan de relieve los vínculos espirituales que existen entre la escuela y los que en ella se formaron.

Asimismo, como obra de extensión escolar, la biblioteca podría organizar lecturas y conferencias, eligiendo para los primeros libros amenos, que se presten a ser comentados por el maestro o por personas ilustradas, lo que despertaría el deseo de leer esos libros u otros análogos, procurando que el público intervenga en los comentarios, con el objeto de que la lectura tenga vida y el acto no se convierta en monótono y poco agradable, y para las conferencias, que serían de vulgarización de conocimientos útiles en todo sentido, y también sobre asuntos de actualidad, el maestro buscaría el concurso del médico, del abogado, del ingeniero, del farmacéutico, etc., quienes tendrían que adaptarse a la mentalidad de los oyentes para que sus palabras alcanzaran el fin principal que se desea: aumentar la cultura popular, especialmente desde el punto de vista moral y social.

Además de lo dicho hasta aquí, las bibliotecas escolares populares organizadas en la forma que hemos expresado, vendrían a ser una parte integrante de la escuela, que, por lo mismo, deberían cuidar las autoridades escolares, aparte de asegurarles el concurso moral del vecindario

mediante un patronato compuesto de las personas más representativas, hombres y mujeres, elegidas entre los diversos componentes de la sociedad del barrio escolar; patronato que ampararía y prestigiaría a los centros mencionados, contribuyendo así eficazmente a la realización de la más encomiable obra de mejoramiento social de la comunidad: extender y ampliar la cultura rudimentaria del pueblo, y aun la cultura media, de manera que éste no sea indiferente a las generosas manifestaciones del pensamiento humano.

EDUCACION DEL ESFUERZO (1)

por Ernesto Winter,

Ingeniero industrial.

La inteligencia al servicio del esfuerzo ha de amoldarse a trabajo metódico, gradual y continuado. Doy a la palabra metódico un sentido que adquirió en la técnica ingenieril. Cuando hablamos de calefacción metódica, quiere decir que la corriente de calor va en sentido inverso y paralela a la corriente fría que se desea calentar. Y éste es, a mi juicio, el más amplio sentido de lo metódico. Adentrarse en el asunto, y que el asunto entre en nosotros; doble compenetración que exige estudio intenso y ardiente, de interés, *de inquietud*, de todo aquello que nos propongamos llevar a cabo.

Esta compenetración ha de ser gradual. Es decir, que requiere tiempo. Inútil es tratar de alimentarse de prisa y querer asimilar a medida de la alimentación. Un estudio precisa reflexión; la reflexión presupone discusión interior, compulsiva, escrutinio de los datos adquiridos, que no cabe hacer rápidamente.

El esfuerzo inteligente ha de tener continuidad. No cabe abandonar un trabajo para coger otro y volver después al primero; esa distracción corta el proceso de

(1) Este trabajo constituye un capítulo del libro *Elogio de la inquietud*.—Barcelona, La Neotipia, 1923, que acaba de publicar el autor. El libro es fundamentalmente un tratado de educación.

reflexión que juzgamos tan necesario y primordial. Por el contrario, la insistencia aguza las facultades de la inteligencia; la visión espiritual es más clara. Además, hay en todo proceso de estudio interrumpido, desde el momento que se abandona, un retroceso, una pérdida por reacción de nuestro espíritu, que sometido a una disciplina determinada, si bien es cierto siente repugnancia a abandonar su posición acostumbrada, no lo es menos que experimenta una agradable relajación cuando cesa la presión de trabajo.

El progreso de nuestra inteligencia no es gradual ni continuo. Adquirimos conocimientos y penetran éstos no sincrónicamente, sino como si en vez de estar sometidos a una fuerza que obra uniformemente, lo estuviéramos a percusiones sucesivas de desigual valor. Así el desarrollo de nuestra inteligencia en función del tiempo no podría representarse por una curva continua: sería un trazado poligonal irregular, línea quebrada con puntos singulares, retrocesos, inflexiones, etc.

El abandono de un estudio da lugar a una depresión en lo que se abandona, y a una resistencia inicial en lo que emprendemos.

El mayor defecto español reside en la discontinuidad del esfuerzo. Apenas vencida esa primera repugnancia inicial, tras unos días de esfuerzo que juzgamos intenso, viene el abandono total del estudio emprendido o de la empresa iniciada, y se procede después por fugaces llamaradas. A los entusiasmos desmedidos e irrazonados de los primeros, días de tedio, sin que sea razonable la tibieza ni el descorazonamiento, pues si no hubo primero lugar a elevar los corazones, tampoco las circunstancias mueven, en general, a pusilanimidad.

Luchar es perseverar, y no hay *éxito posible* sin perseverancia. Si nuestras empresas son frustradas, es por abandono o dejadez. *El éxito ese, éxito* ansiado que predicán los manuales americanos del éxito, sólo se debe a ese *esfuerzo metódico-gradual y continuado*

Esos hombres del norte, bajo su aparen-

te frialdad, tienen mayor ardor, porque ni se ilusionan con exceso ante el primer triunfo, ni desesperan al primer revés.

Nuestro gran libro, el *Quijote*, nos sirve de lección. El esfuerzo del caballero andante es demasiado andariego e inconsecuente, que con el corazón del caballero menos fueran sus desventuras, aun en las descomunales batallas, de haber insistido en vez de seguir su camino.

Bien está deshacer entuertos; mas si no se cuida de mantenerlos enderezados, tórnanse, por inclinación natural, tuertos otra vez. Bien está combatir, mas precisa velar, vigilar, para evitar sorpresas.

Los éxitos efímeros deprimen el espíritu, porque lo acostumbran a vencer fácilmente y a extrañar la dificultad. El esforzado ha de transformar, por su trabajo, incluso esos éxitos efímeros que la suerte depara. Ha de saber darles consistencia, continuidad. En 1792, la Convención Nacional solía juzgar y condenar a muerte a los generales derrotados, y condenó a algunos (entre ellos a Hochereau, si mal no recuerdo) por no haber aprovechado la victoria.

En la educación de la inteligencia hemos de atender a metodizar, graduar el esfuerzo y darle continuidad.

I. Los niños aprenderán el esfuerzo en la escuela, si asisten asiduamente. La condición de asiduidad es esencial, precisamente para enseñar la continuidad. La obligación de presentar los trabajos escritos con pulcritud, en una disposición u orden adecuado, contribuye a la disciplina del espíritu, que no es obediencia.

En España somos muy poco exigentes. Nos contentamos con que el niño haga lo que pueda, se le dan pocos ejercicios escritos, y atendiendo al fondo, nos importa poco la disposición y el orden, si el muchacho demuestra que sabe. En lo que a asiduidad se refiere, aun los padres más guardadores de esta práctica admitimos que, con motivo del más pequeño resfriado, falten nuestros hijos a clase.

Como el Estado no nos exige responsabilidad, como no tenemos obligación ni deber de justificar la ausencia, la asiduidad

suele ser un tanto quebrada. Por otra parte, el niño ve que teniendo una cita a las ocho, sale el padre a las ocho y media de casa, que todos son accidentes en nuestra vida, y nula nuestra normalidad, que se pierde tiempo en ir y venir, que se reciben cartas, y se repite, diez y veinte veces: «sin falta tengo que contestar hoy a Fulano».

Al niño curioso (como lo son todos) no se escapa ese detalle de no poder resolver negocio alguno por carta, la necesidad de ese colosal trasiego español de región a región para iniciar un negocio (que queda igual después de la entrevista) o terminar otro asunto hecho ya, y para cuya ratificación, perfectamente inútil, nos desplazamos con todas las españolas agravantes propias de un país donde, a pesar de lo mucho que se viaja, se cultiva el viaje como un deporte de lujo.

El niño que en la vida de familia ve esos delitos de asiduidad, y cito los menores, siente repugnancia por ese ir y venir a la escuela tan poco variado. Si, además, se le exigen trabajos con regularidad, su espíritu independiente se rebela cuando no halla en su casa una prosecución de la vida escolar.

Muchos padres ilustrados, y hasta sabios, confiesan, ingenuamente, que no tienen tiempo de investigar los progresos de sus hijos en la escuela. Sería curioso ver qué labor más elevada realizan estos señores. El padre, por su parte, se obliga a prescindir un poco de sí mismo. Su vida de hombre puede resentirse de esa derivación familiar, llena de materialidades mezquinas; pero es necesario, siquiera de vez en cuando, sepa qué hacen de sus hijos esos maestros, mercenarios al fin y al cabo, apedantados con frecuencia y repletos de mohosa ciencia sepulcral, precisamente porque los pobres, encerrados con los chicos de los demás, no hallan el campo de renovación que necesitarían.

Es preciso someter a los niños durante la primera enseñanza, y más aun después, durante los estudios de segunda enseñanza, a esos trabajos con pauta de la escuela y a esas cominerías sin importancia,

subdivisiones en casilleros, cuadros, dibujitos, remilgos inventados por algún espíritu estrecho. En la vida habrán de hacer después ejercicios de máxima sumisión, no ya de disciplina, sino de renunciación, de obediencia, porque la vida se empieza siempre por puestos subalternos, donde esas rayitas y disposiciones reglamentarias tienen capital importancia.

Se advierte demasiado que en nuestro país casi nadie practicó en su infancia esos actos de humildad; podemos creernos que por esto somos más personales, obramos más según nuestro carácter, y nos abandonamos al impulso o a la veleidad del momento; pero esas genialidades de los que no son genios contribuyen, y no poco, al desbarajuste que en nuestros organismos de Estado y particulares se observa.

También se advierte esa falta de disciplina en nuestro campo espiritual; razonamos a retazos; la llamarada de nuestros escritores de talento hállase siempre envuelta en humo... Como dice el proverbio alemán: «los árboles ocultan el bosque»; el detalle retocado, recargado, desdibuja el conjunto. Esto es ya tradicional; nuestras mejores obras literarias adolecen de este defecto; ganan con la supresión de accidentes innecesarios, que distraen de la acción principal.

II. Durante el período de segunda enseñanza piérdese aún más la continuidad. El muchacho se halla ante programas desbalazados de estudios sin eslabonar; aprende unas asignaturas, que abandona totalmente al año siguiente, para seguir otras completamente distintas. En general, no hay ejercicios; si los hay, se hacen con plena libertad... Se comprende cuán lejos estamos del esfuerzo metódico gradual y de la continuidad. Los muchachos abandonados a sí mismos se desarrollan espiritualmente según las influencias casuales; no hay periodicidad, todo es meteórico; se hace el esfuerzo mínimo, en todo se sigue la senda de máxima facilidad.

Poco a poco, vemos cómo se deshace el español antes de hacerse, cómo va adquiriendo esa estructura deleznable que le imposibilita para el esfuerzo, aun cuando

tenga allá en el fondo un asomo de inquietud. Abandonados a esta educación casual, nos relajamos para la acción y el esfuerzo. Nos acostumbramos a una fácil verborrea, acompañada de gestos descompasados, que no corresponden a la palabra, ni al pensamiento, ni al sentir; gestos patológicos de impotentes, que en vano quieren despertar el esfuerzo.

III. Durante la carrera pueden presentarse dos circunstancias distintas:

1.º *La carrera es fácil.*—Naturalmente, esto no implica que los estudios, realmente estudios, lo sean, sino que la disciplina o indisciplina para obtener el diploma es muelle y blanda; los exámenes (suprema prueba), fáciles; los profesores, condescendientes, apáticos, amorales. Este régimen es una prosecución de la segunda enseñanza; los muchachos se hacen hombres (físicamente, se entiende) sin capacidad alguna de esfuerzo.

Con su carrerita acabada ingresan en la región de los vivos, llamados así por antinomia. Vivos, muertos de espíritu y de corazón, sin más ansia que el disfrutar (¡disfrutar sin interés!, ¡qué paradoja) de sueldos, más o menos exigüos, pero seguros y con premio a la vejez. Se asciende por rigurosa antigüedad, según la ley, si no, según justicia.

Estos vivos lo llenan todo. Su cobardía les hace temer toda mudanza, que presupone esfuerzo siquiera de adaptación. Son el peso muerto del país. Con frecuencia, los modestos pudieran, por su vida de estrecheces, formar en el ejército de los desheredados, pudieran tener con los obreros ideales y materialidades comunes; pero... no Tienen miedo. ¡Qué será de nosotros si esto cambia! Tienen conciencia de su cristalización y se menosprecian...

Y los obreros piden un cambio, una transformación.

Quizá esos muertos vivos, con otro orden de cosas, obtuvieran ventajas; quizá saliesen de su vida raquílica; pero se les exigiría más trabajo, esfuerzo, y todo es aceptable menos eso.

Realmente, constituye una clase privi-

legiada, porque burgueses son todos aquellos que pueden disponer de dinero o de tiempo sin trabajar. Los golfos que de las sobras del rancho viven son clase privilegiada, porque tienen todo el tiempo suyo; quizá este privilegio sea mayor que el de poseer fortuna sin trabajar, o, por lo menos, sea también el privilegio máximo de que gozan los ricos holgazanes.

2.º *La carrera difícil.*—Hay en España carreras difíciles, difícilísimas, más difíciles que en ningún otro país, no porque los estudios sean ni porque se hagan con mayor amplitud que en el Extranjero, sino porque la disciplina, o mejor, la obediencia a que están sometidos los alumnos en la escuela, es dura, férrea.

La entrada en la escuela es ya una selección agudizada. Los alumnos aprenden el esfuerzo de continuidad, e incluso el superesfuerzo de ante-examen. Se subordinan a dar gusto al profesor, a decir sólo lo que gusta y como le gusta. Estos profesores son unos *gourmets* de sus asignaturas respectivas; el alumno ha de guisarles los platos preferidos de manera a producirles el mayor deleite. El alumno se somete... Sale hecho hombre en el sentido profesional; un poco aturdido por aquel ambiente de presión, y un tanto deprimido por aquella obediencia. Experimenta, al término de su carrera, deseos de expansión, como quien sale de un cuarto oscuro a la plena luz y al aire libre.

Estas carreras son largas, muy largas, demasiado largas, y después, como la práctica profesional exige conocimientos experimentales imposibles de adquirir, y ni siquiera prever, en las escuelas, por las múltiples derivaciones que pueden presentarse al entrar a actuar en la vida, los jóvenes diplomados se resienten de esa primera dificultad, amargándose, unos; descorazonándose, otros. Los esforzados se rehacen (es el caso más general, afortunadamente), están acostumbrados a «empollar» (verbo que indica más una inquietud espiritual), y vuelven al estudio, un estudio ya racional. Estos se redimen. Son lo más activo, lo único activo que tenemos.

El defecto capital de estos esforzados es

que, sometidos a una especie de clausura durante la carrera, se distraen de todo lo que no sea puramente profesional. No sienten la vida ciudadana, ni la vida social. Mientras estudian, son estudiantes; cuando acaban la carrera, son ingenieros o médicos, y, a veces, se mueren sin haber sido hombres. Lo profesional llega a ser esencial; lo humano es accidental.

Muchos de los buenos esforzados estudiantes llevaron durante la carrera vida austera y prepararon su vida de familia de mañana. Acabaron la carrera, se casaron. Las dificultades de la vida material absorbieron lo mejor de sus energías, y, sacrificados, renunciaron a toda inquietud y a todo esfuerzo. Por inercia, siguen la vida en alguno de esos remansos profesionales donde no hay corriente ni pasa nada, absolutamente nada...

Digamos ahora que el esfuerzo tiene todas las aptitudes, porque en cualquier obra pondrán su esfuerzo. Lo interesante es crear esa capacidad de esfuerzo, evitar el vacío de la vida. La profusión de espectáculos de nuestras grandes poblaciones demuestra la necesidad de llenar horas vacías la larga vida de estos espectadores aburridos que no saben en qué pasar el tiempo, ya que el tiempo no se adelanta, matándolos.

Es preciso que durante esa vida estudiantil de privilegio (pues es el estudiante ser privilegiado), vida apartada, sin lucha, sin preocupaciones materiales, haya algo que recuerde la vida exterior. Hasta sería partidario de una interrupción durante la carrera, interrupción destinada a vivir en el mundo, a llenar oficios subalternos, a ser amanuense de escribano o de abogado, escribiente a las órdenes de un tenedor de libros o de un contable; pero ya comprende el autor la utopía de este pensar, pues si bien hay quien entiende la utilidad de interrumpir los estudios para un servicio militar, nadie estimaría prudente seccionarlos para un servicio civil. Es, por lo visto, más estimable formar soldados que ciudadanos.

En las carreras áridas difíciles, la interrupción sería más beneficiosa, e incluso

los oficios subalternos forman parte de la carrera. Ser ayudante antes que ingeniero, delineante antes que arquitecto, ocupar un puesto insignificante en una sección de un taller antes de hacer proyectos de talleres, todo esto parece racional; pero..., hay quien cree que no hubo ingenieros antes de haber escuelas oficiales, ni arquitectos antes de fundar Academia de Bellas Artes, y estas personas no pueden comprender que haya en la vida para un muchacho algo más interesante que la escuela, ni donde puede obtener mayores beneficios.

Y, sin embargo, ahí está la muchedumbre de hombres sin carrera que lograron ser directores poderosos, industriales, comerciantes, y la incapacidad de muchos diplomados, incluso de diploma distinguido. Son hechos que, aun suponiéndolos excepcionales, se repiten con harta frecuencia, y deben mover nuestro ánimo a reflexión.

En las escuelas técnicas (conste que hablo de todas en general, nacionales y extranjeras) hay hábitos deplorables, que ya señalé en otras ocasiones. Las investigaciones de laboratorio adolecen de maquinismo, porque unas veces están fuera de la realidad; otras, se limitan a obtener números más o menos contrastados, admitidos sin discusión de fondo, sin interpretación. Los proyectos son aún más rutinarios. Los profesores cristalizados dan siempre los mismos proyectos, que los alumnos resuelven copiando los de años anteriores.

Por fuerza ha de ser así. ¿De dónde va a sacar el alumno otro jugo que no sea el de la escuela? ¿Con qué va a comparar? ¿Qué ha visto? Hay excursiones, rápidas visiones cinematográficas de construcciones y talleres que dejan leve huella. Eso constituye el mundo exterior; lo demás es la escuela. Si ese alumno hubiese visto un ensayo industrial, quizá se hubiese asustado de la impresión de la medida, de lo tosco de los procedimientos que hubieron de emplear los técnicos por no tener otra cosa a mano; pero también se hubiese asombrado de lo que supone una interpretación de los resultados de las discusiones a que da lugar una anomalía, al parecer insignificante, que el alumno consideró desprecia-

ble, al hacer su experimento clásico de escuela.

Convénzanse de una vez, padres y profesores. El saber está en la calle, en el campo, en la feria, en el taller, en el mercado.

A la escuela, a la Universidad, se va a aprender a leer. Cuando ya se sabe leer, suministra la escuela una guía para visitar las calles, el campo, los talleres, ferias y mercados donde está el saber. Con ese Baedeker va el neófito con paso incierto, como turista en población desconocida.

La calle, el campo, la feria, el taller se transformaron hace tiempo, y la guía permanece inmutable señalando lo que fué...

Así, la guía pierde cada día algo de su valor real.

La carrera ya no capacita para el ejercicio de la profesión. No me refiero sólo a España; basta remover los programas de la fundación de las Universidades y de las escuelas especiales de Europa para ver que, andando el tiempo, se han ido haciendo muy leves reformas. Lo esencial son adiciones que, como parches o pegotes, quedan dentro del hieratismo de los centros de enseñanza, sin modificar el espíritu, sin adaptarlo a las evoluciones y revoluciones de la vida.

¡Hay tantas cosas en desuso que continúan siendo tema principal de la enseñanza, mientras no se da aún cabida a otras de uso corriente! Y así se advierte, para gran vergüenza de diplomados, que gentes sin carrera, medianamente orientados, nos hablan con autoridad y saber de aplicaciones y de experimentos que ignoramos, harto conocidos, sin embargo, pero que aun no pegaron o enclavaron en las enseñanzas de las escuelas o de Facultad.

La revolución de la Medicina, desde los descubrimientos de Pasteur, no ha conseguido variar en esencia los programas vejestustos de las Facultades. Y ahí está la napoleónica escuela politécnica francesa manteniendo su polvorienta tradición. Nuestras escuelas especiales y las extranjeras, todas solemnes, graves, rígidas, ante los temporales de fuera.

Resguardado, cristalizado, firme en sus

derechos adquiridos, el profesor prosigue su clásica explicación, mientras vientos de progreso hacen retemblar los cristales de las aulas y tratan de penetrar por algún resquicio. La Universidad se desinteresa de lo que pasa fuera, y correspondiendo los que están fuera, se ríen de lo que pasa dentro de la Universidad sin prestar ayuda, porque mientras los de dentro se sienten inclinados a determinadas reformas (precioso adjetivo para indicar poco e indefinido), los de fuera desearían dar al traste con todos los viejos moldes y hacer modificaciones de fondo.

Ya en la vida, el hombre de carrera asume funciones que requieren haber vivido. Hay puestos donde abogados legislan de talleres y obrerismo sin haber nunca visto talleres ni haber estudiado mecanismos, sin saber lo que son obreros, que sólo en el taller son visibles. (En las Casas del Pueblo se ven hombres desheredados, no obreros, como un médico en un café es un hombre, no un médico.) Se asesoran de ingenieros que no entienden el lenguaje de los abogados, porque se prepararon para la técnica exclusivamente profesional, pero no para función social. Se oye decir a unos y a otros los disparates y vulgaridades más grandes respecto a Higiene o a Medicina usual.

Esto saliendo de la profesión; pero aun quedando en la profesión misma, al ingeniero que se preparó para construir maquinaria eléctrica (?) y que ejecutó en la escuela proyectos de alumbrado y tracción (!), se le llama a regir los destinos de explotación de una Compañía. Nada de proyectar. Sumar, ahorrar, ordenar, evitar huelgas, entenderse con el personal de arriba y de abajo. No teniendo ningún saber fundamental de la escuela de que echar mano, el ingeniero empieza a resolver por sentido común, sentido peligrosísimo, como luego veremos.

El abogado recién licenciado halló un hueco en una Sociedad de seguros o en una Cooperativa; por más que rebusca, tampoco encuentra en sus conocimientos lo necesario para resolver. Si entra en una Cooperativa ya formada, no le queda ni el recurso de copiar los estatutos de una

Cooperativa similar. Si la Cooperativa compra o vende, no conoce uno solo de los productos vendidos o comprados. Se forma de oído y acaba por adoptar soluciones de sentido común.

El médico joven va a parar a una Casa de Socorro, donde la Medicina general se ejerce sobre pacientes desconocidos, donde se diagnostica de urgencia a ciegas.

Y así ocurre que mientras los muchachos buenos estudiantes pelean esas escaramuzas de exámenes en los Centros de enseñanza, otros que entraron, desde luego, en la lucha de la vida a reñir, sin preparación, las grandes batallas por la adquisición del pan, con menos inteligencia, pero con mayor esfuerzo, lograron capacitarse para cumplir en esos puestos donde los diplomados mostrarán más tarde su incapacidad.

Los padres comprenderán la utilidad de emprender una enseñanza que no cabe en la Universidad o no halla cabida, por demasiado profana, en esa divina ciencia oficial que destilan los profesores por oposición, así llamados porque se oponen a todo: al alumno, a las modificaciones de la vida. Avinagrados por los sueldos ruines, mezquinos, agarbanzados por la ciencia inamovible, dogmática; adocenados por la uniformidad, la invariabilidad del correr de los días.

Los padres han de buscar la salvación fuera. Buscar entre las relaciones quienes puedan ser hombres capaces de orientar a sus hijos. Obrar sin precipitación, como quien tiene por delante una vida. No importa que el muchacho tarde dos años más en hacer la carrera y formarse; a veces, la formación rápida de los sobresalientes contribuye a sumirlos en la vida de tedio y de aburrimiento, cuando, después de los lances y discreteos universitarios, llegan a esas andanzas del vivir sin recompensa ni laureles a plazo fijo de fin de año. Acostumbrados a las satisfacciones exteriores, no se contentan de las íntimas. ¡A cuántos buenos estudiantes faltó en la carrera sólo un suspenso para trasformarlos de niños mimados en hombres! Ocurre con estos excelentes muchachos como con las inocen-

cias e ingenuidades de las mujeres; muy bien mientras son niñas; después resultan de una ñoñería insoportable.

Llega un momento en que es preciso que el niño sobresaliente sea hombre; ninguno necesita tanto como él de una dirección independiente de la disciplina universitaria.

REVISTA DE REVISTAS

SUIZA

Archives de Psychologie.—Genève (1).

(Conclusión.)

«La primera edad del dibujo infantil», por G. Luquet; t. XII, pág. 14.

El autor, comprendiendo que el estudio del dibujo en el niño no reviste interés, si no se hace desde el punto de vista genético y evolutivo, hace observaciones referentes al problema sobre dos hermanos, un niño y una niña de tres años de diferencia en la edad.

Comparando los dos sujetos, examinando el paralelismo entre la evolución del dibujo en los dos niños y eliminando las diferencias individuales por el método que los lógicos llaman de «concordancias», Luquet obtiene varias conclusiones, y cree que, en virtud de los hechos observados en uno y otro sujeto, la primera edad del dibujo comporta los momentos sucesivos siguientes:

1.º Intención de dibujar trazos, pero sin intención de representar un objeto determinado ni un objeto cualquiera. Esta tendencia tiene como principal factor la tendencia del niño a ejecutar movimientos.

2.º En esos rasgos trazados, el niño ve una significación, determinada por dos factores principales: a) analogía de forma de la figura con un objeto real, analogía que puede pasar inadvertida para otra persona; b) la influencia de las circunstancias exteriores.

3.º Después de atribuido este significado a los rasgos trazados, el niño añade al trazado primitivo detalles destinados a acentuar su parecido con el objeto representado.

4.º Finalmente, al trazado del dibujo precede la intención representativa de un objeto determinado, intención que distingue y caracteriza la segunda edad del dibujo, por oposición a la primera.

«Observaciones relativas a la evolución

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

de las nociones de cantidades continuas y discontinuas en el niño», por M. Decroly y Mlle. J. Degand; t. XII, pág. 81.

«El sueño de un niño pequeño», por Edm. Cramausse; t. XII, pág. 139.

Nueva serie de experiencias y de gráficas, referentes al estudio del sueño en la misma niña de las experiencias anteriores, durante el segundo semestre de su vida.

Utiliza Cramausse en esta tercera parte de su trabajo el pulso cerebral, además de la respiración torácica, de que ya se había valido para hacer observaciones insertas en las dos primeras partes de su labor experimental.

Un gran número de investigaciones emprende Cramausse en este trabajo final, investigaciones que, por referirse a detalles demasiado íntimos del sueño, no podemos reproducir. Sólo diremos que, como conclusión, Cramausse afirma que la vida mental del sueño no es siempre la misma, y que se puede reducir a tres principales formas: una, que constituye algo parecido al instinto, vela continuamente sobre el sueño, preservándole de falsas direcciones y de ataques bruscos del exterior; otra, que corresponde a las relaciones variables con el mundo exterior, se acerca más que la primera a nuestra conciencia de adulto, aunque aun se mantiene bastante diferente de ella; la tercera constituye una forma de la actividad mental más próxima y parecida a la nuestra que las dos primeras, y a la cual corresponden los *sueños*.

Las conclusiones a que en este y en los otros trabajos anteriores llega Cramausse son simples conjeturas, es cierto; pero pueden servir de punto de partida para investigar otras, que, asociadas a las obtenidas, arrojen clara luz sobre este difícil problema, no muy bien estudiado, y menos aun dilucidado, en el estado actual de la ciencia psicológica.

«Los niños anormales, ¿son amorales?», por Mlle. A. Descoedres; t. XIII, pág. 21.

En un artículo de la *Hilfsschule*, el director de un establecimiento del sur de Alemania dice que las nociones morales más elementales son inaccesibles a la mayoría de los mentalmente débiles. Sin embargo, las experiencias hechas por Descoedres demuestran otra cosa.

Dice la autora que el medio es el que hace que los niños anormales sean amorales. Cuando una atmósfera de calor y afecto reemplaza a la de las injurias y los golpes, los niños se transforman.

No obstante, el buen trato necesita como auxiliares la posesión (que puede lograrse) por los niños del interés por el trabajo y el sentimiento del honor.

Una circunstancia que hace de los anormales niños desgraciados y que puede influir sobre la manera de comportarse es el hecho mismo de clasificarlos en la categoría de los anormales.

Por los hechos y observaciones recogidos, quiere mostrar la autora cómo los anormales son capaces de disciplina, de amor al trabajo, de ayudarse mutuamente, de afecto, de bondad, de honradez y de cortesía.

«Observaciones relativas al desenvolvimiento de la noción de tiempo en una niña desde el nacimiento a los cinco años y medio», por O. Decroly y Mlle. J. Degand; tomo XIII, pág. 113.

Es un trabajo muy interesante, por lo bien realizado y porque las observaciones alcanzan a los cinco años y medio. Los que más han hecho sobre este asunto han sido Cl. y W. Stern, y, sin embargo, no alcanzan más que hasta los cuatro años y siete meses y medio.

«*Tests* de desenvolvimiento y *tests* de aptitudes», por Ed. Claparède, t. XIV, página 101.

El objeto principal que en este artículo se propone el autor es establecer una diferencia clara entre los *tests* de aptitud y los *tests* de desenvolvimiento. Entre los *tests* de Binet-Simon y los que de ellos se han derivado, hay unos que son de «conocimiento general» (saber los días de la semana, por ejemplo); otros indican más bien una adquisición escolar (como copiar una frase), mientras que otros, finalmente, se refieren y dirigen a la «inteligencia natural» del niño, a su destreza, a su poder de imaginación, etc. (definición, construir una frase con tres palabras, por ejemplo). Lo que hay que ver, según Claparède, es si estos últimos *tests* son de desenvolvimiento o de «aptitud individual».

Observando la velocidad de la lectura en niños de distinta edad, concluye el profesor suizo que la distinción entre ambas clases de *tests* depende de la *variabilidad* que se manifiesta con relación al *test* elegido (lectura, según hemos dicho) en individuos de la misma edad; *si esta variabilidad es bastante grande para ahogar las diferencias de edad a edad, el «test» será de aptitud; si, por el contrario, las diferencias de edad a edad dominan a las diferencias individuales, el «test» será de desenvolvimiento.*

Después de admitido el principio, Claparède piensa hallar una técnica especial que permita la aplicación práctica del principio enunciado.

Ya, antes que el pedagogo de Ginebra, Meumann había hablado, entre otros *tests*,

de los que en este artículo se tratan. Pero establecía entre ellos una clasificación previa, y según Claparède, la distinción entre los *tests* de aptitud y los de desenvolvimiento no se puede establecer *a priori*, sino después de una larga investigación empírica.

«Reviviscencia paradójica», por Mlle. C. Huguenin; t. XIV, pág. 379.

«Los *tests* de Binet Simon como medida del desenvolvimiento de los niños anormales», por Mlle. A. Descoedres; t. XV, página 224.

Estudiados por la autora, en anteriores trabajos, los *tests* de Binet-Simon, y habiendo comprobado su importancia para hacerse una idea completa del desenvolvimiento de un niño y su utilidad para la clasificación de anormales, retrasados y aun de ciertos normales, quiere estudiarlos ahora para darse cuenta de los diferentes momentos del desenvolvimiento de la inteligencia en el mismo niño. Llega a comprobar su excelencia para este fin.

«El *test* de asociación-par», por Mademoiselle Margarita Evard; t. XVI, pág. 24.

Es éste un ensayo que se dirige a explorar el contenido psíquico de los niños comprendidos entre los ocho y los 13 años. Afirma Evard, y con mucha razón, por supuesto, que sólo los párvulos y los adolescentes han sido objeto de estudios y monografías psicológicas. La segunda infancia, la edad de ocho a 13 años, constituye una laguna que hay que estudiar con mayor interés del hasta ahora empleado.

«¿Color, posición o número?», por Mademoiselle A. Descoedres; t. XVI, pág. 37.

No es otra cosa que la continuación del artículo publicado por la autora, bajo el mismo título, en el tomo XIV, página 305.

«La conciencia de la semejanza y de la diferencia en el niño», por M. E. Claparède; t. XVII, pág. 67.

El objeto del trabajo es ver cuál es apercebida primero en el curso del desenvolvimiento mental, si la semejanza o la diferencia.

La manera de comportarse los niños muestra que, desde la edad más tierna, éstos sacan partido de la semejanza que pueda existir entre los objetos. Para el niño, todas las señoras son *mamá*, y todos los señores, *papá*. En sus ojos, siguiendo las analogías, llevarán a asimilar, según las necesidades de su causa, un objeto y otro: una tabla llegará a ser un barco; un banco, un tranvía. Así no es extraño que numerosos autores—Rosmini, Taine, Luquet y Queyrat—hayan afirmado que el niño coge mejor las semejanzas que las diferencias.

Claparède, en este trabajo, nos muestra una experiencia encaminada a resolver este problema. Dicha experiencia consiste en preguntar a los niños la semejanza que hay entre una abeja y una avispa, después entre una abeja y una mosca, y subiendo de abstracción en abstracción, entre la abeja y un pájaro, un conejo, una rosa, una piedra y un accidente de coche.

El resultado de esta experiencia fué: la conciencia de la diferencia surge más fácilmente y antes que la de semejanza.

En vista de tal resultado, podemos hacer la siguiente pregunta: ¿Por qué la conciencia de la semejanza surge tan tarde, puesto que el niño, desde su edad más tierna, se conduce como si la percibiera?

Según Claparède, se trata, más que de un caso particular, de una ley muy general del desenvolvimiento mental; ley que llama de la toma o adquisición de conciencia, y la formula de esta manera: «El niño (o en general, el individuo) adquiere conciencia de una relación tanto más tarde cuanto su conducta ha implicado antes y más largo tiempo el uso automático (instintivo, inconsciente) de esta relación».

Cuando la adaptación es automática (sea instintiva, sea adquirida inconscientemente; por ejemplo, por imitación o por tanteo), el espíritu no adquiere conciencia de las relaciones de las «categorías». Esta conciencia no interviene, precisamente, cuando el automatismo no basta para asegurar la reacción adecuada. La adquisición de conciencia marca siempre una desadaptación.

Dos preguntas pueden ocurrírsenos: 1.^a ¿Por qué las reacciones instintivas del niño han implicado antes y por tiempo más largo la semejanza que la diferencia? 2.^a ¿Cuáles son las circunstancias que hacen, en un momento dado, pasar las relaciones de diferencia y de semejanza, de antemano explotadas implícitamente, de la inconsciencia a la conciencia?

Claparède dice que, desde el punto de vista funcional, la respuesta a la primera pregunta es fácil. El niño no tiene a su disposición más que un pequeño número de reacciones. Así como lo ha hecho notar M. Ruyssen, la fuente primera de la generalización (y, por consiguiente, de las reacciones de semejanza implícita) debe ser buscada «en la desigual diferenciación de nuestra receptividad sensible y de nuestra actividad motriz... Nuestras maneras de obrar son infinitamente menos diversas que nuestras maneras de sentir». Resulta, evidentemente, de ello que una multitud de objetos suscitarán reacciones análogas.

El niño tiene muchas más probabilidades

de reobrar semejantemente en situaciones diferentes que de reobrar diferentemente en situaciones que exigirán una reacción análoga, puesto que sus modos de reaccionar son en número limitado, y que, en frente de una situación nueva, su reacción es dominada por los caracteres generales y comunes (y no por los caracteres individuales y nuevos) de esta situación. Hay, pues, muchas más probabilidades de ser impresionado por las diferencias desconocidas que por semejanzas inadvertidas.

En otros términos, al principio de la vida, las situaciones no ponen problemas a la acción hasta tanto que ellas no se asemejen a situaciones experimentadas, hasta tanto que son situaciones nuevas. Y entonces es la diferencia entre la situación nueva y la situación antigua la que se impone a la conciencia. Se concibe, pues, que por la naturaleza misma de las cosas, la diferencia llegue a ser percibida más de prisa que la semejanza un objeto de conciencia. En el proceso evolutivo de las reacciones, que va de la indiferenciación a la diferenciación, es muy comprensible que los problemas que se presentan constantemente sean problemas de diferenciación.

A la segunda pregunta, las consideraciones que preceden han respondido ya de una manera general: hay adquisición de conciencia cuando hay una desadaptación. Sin embargo, como anteriormente se ha hecho notar, la readaptación se hace ya automáticamente, inconscientemente, ya conscientemente.

El paso de las relaciones de diferencia y semejanza de la inconsciencia a la conciencia se verifica cuando la readaptación automática ha fallado, y cuando el desenvolvimiento mental es encontrado en un estado bastante avanzado para la comparación consciente. Esta, trayendo al foco de la atención los elementos dispares o semejantes, y haciendo surgir a su ocasión la conciencia de la diferencia o de la semejanza, ha constituido un instrumento intelectual de primer orden, permitiendo economizar innumerables tanteos.

Termina Claparède diciendo que lo pedagógico que resalta del estudio precedente es: que si nosotros queremos hacer tomar al niño las relaciones entre las cosas, no basta con presentarle objetos que ofrezcan *para nosotros* diferencias o semejanzas, pues no es por la sola «acumulación de ejemplos» como se hará alcanzar estas relaciones, sino ante todo, poner problemas que la solución implique esta percepción de relaciones. *Lo que no responde a ninguna necesidad no es percibido.*

ENCICLOPEDIA

NUEVOS PRINCIPIOS CIENTÍFICOS

OPINIONES MODERNAS

SOBRE LA

POLÍTICA Y SOBRE LA FILOSOFÍA MORAL (1)

por A. T. Hadley.

(Conclusión.)

II

Opiniones modernas sobre la política y sobre la filosofía moral.—Desde 1789, las doctrinas políticas de Europa han pasado por tres fases o períodos: el revolucionario, desde 1789 hasta 1815; el individualista, desde 1815 hasta 1848; y el nacionalista, desde 1848 para adelante.

Los ideales de los pensadores revolucionarios se hallaban consignados en tres palabras: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Estas no fueron meros sonidos, como algunos lo imaginan. Representaban importantes ideales y aspiraciones políticas. Pero ninguna de ellas significaba exactamente lo que podemos suponer. Los franceses de 1789 no entendían por el vocablo libertad lo que expresa con él un americano o un inglés. Ellos no llamaban así el derecho de cada hombre para dirigir sus propios asuntos o los que él considera tales, sino, más bien, el derecho de todos para intervenir en los asuntos ajenos. Ellos entendían propiamente por libertad lo que llamamos ahora democracia. Querían colocar directamente el Gobierno en manos de los electores, con las menores limitaciones posibles de la acción popular. La libertad, dentro de su criterio, no sólo es contraria a la Monarquía, que coloca el Gobierno en manos de un soberano, sino que, casi igualmente, es contraria al constitucionalismo, que obliga al Gobierno a proceder con previa deliberación, y a ejercitar sus facultades dentro de límites y procedimientos tradicionales.

Ni daban al término de igualdad el signi-

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN

ficado de comunismo, aunque algunos de los jefes de la Revolución francesa en la última época fueron ellos mismos comunistas. No pretendían abolir la propiedad. Ni pretendían siquiera abolir todas las desigualdades de este derecho o de la condición social. La igualdad significaba para ellos el Gobierno bajo leyes generales, que debían aplicarse a todos sin distinción, de un modo opuesto al sistema de privilegio o legislación de clases, dominante en Francia hasta el fin del último siglo - con una ley especial para los nobles, otra para los eclesiásticos, otra para los comerciantes y otra para los labradores.

Ni significaba la palabra fraternidad el culto del amor fraternal. Significaba una aspiración hacia la armonía de los intereses entre los diversos miembros de la raza humana, en vez de *bellum omnium contra omnes*, que los antiguos filósofos imaginaban el estado natural y normal. Cuando los revolucionarios franceses añadieron el vocablo fraternidad a las palabras libertad e igualdad, querían decir que, al poner el Gobierno en manos del pueblo, y al promulgar leyes generales, pretendían gobernar en pro del bien de la Humanidad entera. La fraternidad se contraponía al egoísmo intelectual, ya fuera de las personas o de las naciones.

La Revolución francesa llegó y se fué. Después de un cuarto de siglo de lucha, el primer objeto de los revolucionarios - la libertad, como sus campeones la concibieron - no pudo convertirse en un hecho. El segundo y el tercer objetos, la igualdad y la fraternidad, quedaron asegurados.

El experimento de colocar el Poder sin distinciones en manos del pueblo había tenido mal éxito. La democracia pura, o inconstitucional, gobernó con tal incompetencia, que ocasionó su propia ruina. Francia y Alemania habían vuelto a caer en manos de las viejas familias monárquicas. Pero la igualdad - gobierno del pueblo bajo leyes generales - dió espléndidos resultados. Las comunidades que gozaron de sus beneficios aumentaron con rapidez su riqueza y bienestar. Antes de 1789, Inglaterra y América habían sido los únicos países en que los principios de la ley se aplicaban

a todos sin distinción, en vez de aplicarlos de un modo al noble y de otro al campesino. El resultado había sido que el tipo de la vida del pueblo en Inglaterra y en América era muy superior al de Francia y Alemania. Cuando el sistema de igualdad se aplicó en Francia, la condición del pueblo francés, en general, mejoró rápidamente. Cuando se practicó el mismo sistema en la Alemania occidental, aun cuando fué impuesto por extranjera mano, la Alemania occidental progresó de igual modo. El Código Napoleón le dió mejor Gobierno que el que jamás había tenido. El pueblo se acostumbró a ver que la ley era aplicada imparcialmente a todos los individuos, y no en distintos grados a las diversas clases. Hasta el presente hay un verdadero contraste en la opinión pública sobre esta materia entre aquellas regiones de Alemania donde rigió el Código, y aquellas que no lo conocieron.

En una notable carta a su hermano, Napoleón le decía que los hábitos nacidos a la sombra de esta clase de gobierno constituirían una poderosa barrera contra la tentativa de naciones como la Prusia y el Austria para reconquistar el occidente de Alemania. Su previsión se cumplió, aunque de diferente modo de lo que él esperaba. El Código no impidió que la Prusia y el Austria recobraran su poder en la Confederación alemana; pero les puso obstáculos para retrotraer las cosas al estado antiguo. Los pequeños príncipes de Alemania no fueron más capaces que los Borbones en Francia para abolir el principio de igualdad. Ellos habrían sentido extraordinario placer en hacerlo, porque odiaban ese principio con toda el alma; pero la empresa fué superior a sus fuerzas. Los triunfos militares de Napoleón fueron seguidos de la derrota. La victoria que alcanzó cuando promulgó el Código que lleva su nombre debía ser más duradera, y le dió un título a la gloria mucho más sólido que sus triunfos guerreros. Los Borbones pudieron destruir la democracia, porque la democracia había gobernado mal. No pudieron destruir la igualdad, porque la igualdad había producido excelentes frutos.

Ni destruyeron las aspiraciones y desig-

nios incorporados en el término fraternidad. En el hecho trataron de hacer servir esta conquista en su propio beneficio. Los soberanos que formaron la Santa Alianza entre los años de 1815 y 1825 pretendían sostener la sagrada causa de la Humanidad cuando perseguían a los republicanos, tan lisa y llanamente como lo pretendió el Comité de Salud Pública cuando persiguió a los realistas una generación antes; y, en cada uno de estos casos, es probable que muchos de los autores de actos de violencia honradamente creyeran ejecutarlos en bien de todos. Alejandro de Rusia y Saint-Just de la época del Terror tenían de común más de lo que les habría agradado admitir. Lo que es efectivo hasta cierto punto en los monarcas era verdad, aun en mayor grado, en los jefes políticos y en los publicistas. El entusiasmo a favor de la raza humana estaba de moda. La religión de la Humanidad representaba una consigna. El principio establecido por los utilitarios de que el bien moral y político no significa ni más ni menos que la más gran felicidad del mayor número, era aceptado como un axioma, o postulado, de la ética.

Adoptando el principio de la igualdad ante la ley por punto de partida, y la realización de la mayor felicidad para el mayor número como fin, Jeremías Bentham y sus discípulos desarrollaron el sistema de filosofía política conocido con el nombre de individualismo. El *Fragmento sobre el Gobierno*, de Bentham, así como la *Riqueza de las Naciones*, de Smith, aparecieron en 1776; pero la difusión de estas teorías estaba reservada al siguiente siglo, cuando una serie de brillantes escritores ingleses y franceses, que empezó con Ricardo y terminó con Juan Stuart Mill, se esforzaron en hacer de ellas la base del orden y del progreso social.

El individualismo se funda en el principio de que la libre acción de los hombres inteligentes que ponen en obra sus ideas con independencia ha de producir un buen resultado general para la comunidad. El individualista en el fondo es optimista. Cree que el egoísmo ilustrado tiende a hacer que un hombre en estas condiciones no sólo se beneficie a sí mismo, sino a los

demás y la obra del legislador proporcione a cada uno suficientes probabilidades para que realice sus propias miras, con tanto conocimiento y con tan poca intervención ajena como es posible. El aserto que frecuentemente se oye de que el individualismo considera a la Humanidad formada de átomos separados y hostiles — cito las palabras de un discurso del obispo de Durham de hace 25 años — es exactamente lo contrario de la verdad. El individualista cree que por naturaleza los hombres trabajan de concierto, y no desunidos; y que sus errores, tales como son, provienen de que ellos exageran la armonía de los intereses humanos, no de que los menosprecien.

He afirmado que el individualismo empieza con Ricardo y Bentham. Pero su origen debe realmente buscarse en las resoluciones de los jueces ingleses de derecho común durante los tres o cuatro siglos anteriores. Estos jueces descubrieron el principio de la competencia y los benéficos resultados que ésta era llamada a producir. Ellos comprendieron que si un panadero subía demasiado el precio del pan, lo que debía hacerse era estimular a los demás panaderos para que ingresaran en la misma corporación y aumentaran la provisión del artículo. El interés personal de los panaderos debía producir sin duda mejor efecto que la acción general de los magistrados. Por cierto, se presentaban excepciones a las cuales debían aplicarse métodos también excepcionales. Hubo época en que el alto precio del pan provenía de una colusión, y en ese caso pudo castigarse a los conjurados con pleno derecho. Pero a menudo, el elevado precio era síntoma de escasez; y el mejor remedio del mal consistía en servir los intereses comunes por el único procedimiento que daba resultado — la oferta de nuevas cantidades. Cuando un hombre aprovecha el mejor mercado para sus productos, de ordinario presta el más gran servicio posible a sus semejantes.

Pero, aunque los jueces de Inglaterra comprendieron y formularon este principio con claridad, estuvieron lejos de apreciar cuán extensa podía ser su aplicación. Ello lo practicaban como un medio para justificar ciertos procedimientos, destinados a

la baja de los precios, y para rechazar otros. Sólo a fines del siglo XVIII, Adam Smith manifestó cómo el indicado principio constituía una sólida base, no sólo para la solución de algunas contiendas judiciales, sino para el estudio de las causas que producen la riqueza de las naciones. Por fin, en la generación siguiente a la de Adam Smith, ese principio fué adoptado como fundamento de un sistema completo de economía política, tal como lo establecieron Ricardo, Malthus y sus compañeros. Los principios que habían estado sepultados durante siglos en obras e informes de jurisprudencia, despertaron entonces el interés de todos; porque la época estaba madura para aceptarlos. El espíritu público de esta generación acogió bien la teoría de que la libre competencia entre los individuos y el libre comercio entre las naciones representaban las condiciones normales de la actividad humana, y de que cualquiera intervención en contrario, en el mejor de los casos, era una desgraciada necesidad. Y la aplicación de estas ideas no se limitó al campo económico. Heriberto Spencer, en uno de sus primeros libros, su *Estática Social*, ensayó probar cómo el libre criterio de los individuos producía en la política y en la moral los mismos efectos que en los negocios. «El mejor gobierno es aquel que menos gobierna»—fué una frase tan repetida, que se convirtió en proverbio, juntamente con esta otra, que es una mezcla de sabiduría e ignorancia: «¡Felices los pueblos que no tienen historia!»

Para aquellos que consideran la política y la moral desde este punto de vista, la actual forma de gobierno no pasa de ser un asunto de escasa importancia. Mientras menos acción tiene el soberano, menos interés saber quién es. Si se permite a los individuos, en lo posible, gobernar sus propios asuntos, no tiene consecuencias graves el hecho de que el gobierno sea electivo o hereditario, democrático o aristocrático.

Por mucho tiempo, los individualistas lo sometieron todo a su criterio. Los monopolios y privilegios concedidos en el siglo XVIII habían sido tan perniciosos, que

su revocación causó muchos bienes y pocos daños. Las restricciones al comercio habían sido tan arbitrarias, que la derogación de ellas contribuyó a aumentar la prosperidad en nueve casos contra diez. La libertad que el pueblo se esforzó por obtener en los días siguientes a la caída de Napoleón fué la inglesa más bien que la francesa—libertad para que cada cual siguiera sus propias inclinaciones, con tan poca intervención de los demás como fuera dable, antes que la libertad de hacer elecciones frecuentes con el fin de que la mayoría resolviera lo que la minoría debía ejecutar. Por mucho tiempo, la voz de Hegel fué la única importante que se levantó en son de protesta. Pero desde el año de 1830 empezaron a aparecer los síntomas de una reacción, no poco extendida, contra el individualismo y en favor del socialismo. Es muy interesante observar que la palabra «socialismo» se inventó no tanto para bautizar una teoría o un programa positivos cuanto para definir una protesta contra el individualismo y sus consecuencias. Ella sirvió de bandera a todos aquellos que creían que las necesidades de la comunidad no podían ser satisfechas por la acción independiente de los individuos.

Los primeros ataques de los socialistas no se dirigieron contra el principio según el cual el libre juego de la actividad de los individuos producía brillantes resultados en pro de la comunidad, sino contra la idea de que era posible, bajo las condiciones legales existentes, algo parecido a ese libre juego. No hay igualdad de oportunidades, decía Marx; y los resultados que se pretenden nacidos de esa igualdad necesariamente son falsos. En teoría, se espera que todo se reparta como en los casos de competencia. En la práctica, el débil es defraudado por el fuerte. En teoría, se sostiene que todos tienen iguales probabilidades a las ganancias de una empresa industrial. En la práctica, el hombre que ha adquirido riquezas, por buena suerte, por herencia o por maldad, posee una ventaja difícil de sobrepujar. Es muy fácil citar ejemplos en que los jornaleros han sido realmente robados; y en que grandes facilidades para el comercio han producido des-

igualdad en vez de igualdad. Por medio de astutas citas, los socialistas introdujeron en el ánimo de los obreros de las ciudades europeas el fermento que estalló en la Revolución de 1848.

El efecto inmediato de esta Revolución fué el de llevar a la primera fila a los jefes radicales y el de darles oportunidad para ensayar sus teorías. El resultado de este ensayo no fué afortunado. El experimento, durante unos pocos meses, de las obras prácticas del socialismo, desacreditó a éste en tal forma, que necesitó, por lo menos, de una generación entera para recuperar su prestigio. A pesar de los sonoros clarines que proclamaban las doctrinas de Marx, la aplicación de ellas fué desastrosa. Este desastre, y el descrédito consiguiente del socialismo, no hicieron, sin embargo, que el pueblo retrocediera hasta las viejas ideas de libre cambio y de amor a la causa de la Humanidad. Las aspiraciones nacionales habían crecido en medio de la Revolución; y empezaron entonces a aparecer los sentimientos y las pasiones comunes de los pueblos. Aunque los esfuerzos de Hungría y de Italia en 1849 fueron sofocados, el espíritu engendrado por ellos quedó intacto y fué adquiriendo más y más poder. Italia se trasformó en nación en 1859; los Estados Unidos, en 1865; Alemania, en 1866. Rusia se proclamó a sí misma el campeón de los eslavos, y en 1878 consiguió libertar a los pueblos del bajo Danubio de la dominación turca. Progresó el sentimiento del patriotismo; y el humanitario fué arrojado al fondo. Los hombres patriotas encontraron demasiado duro consagrarse a la religión de la Humanidad. Un buen americano se preocupó más de sus compatriotas que de aquellos hombres que eran bastante desgraciados, por haber nacido en Inglaterra, Francia o Alemania y bastante ignorantes para permanecer allí. Sucedió lo mismo en los demás países. «Toda la cuestión de Oriente no merece que se derrame la sangre de un solo soldado de la patria alemana»—decía nada menos que Bismarck, el más grande de los jefes del movimiento nacionalista.

En los años que siguieron a la Revolu-

ción de 1848, una gran parte de los sentimientos socialistas corría por el nuevo canal del nacionalismo, abierto por hombres como Bismarck y Cavour. Mientras Marx en vano se esforzaba por sostener la «Internacional», al mismo tiempo, Fernando Lassalle y sus discípulos saludaban el progreso del Gobierno nacionalista como un dique contra la acción de las empresas industriales. Bismarck necesitaba robustecer al rey de Prusia; Lassalle necesitaba debilitar a los banqueros de Francfort. Por el momento, los intereses de ambos coincidían. No pretendo narrar en detalle la historia del movimiento nacionalista, la que trasformó débiles federaciones de Estados en Gobiernos poderosos, y produjo sucesivamente la unidad de Italia, de los Estados Unidos y de Alemania. Solamente llamo la atención al buen éxito de este movimiento, el cual tuvo dos consecuencias industriales de gran valor: tarifas elevadas y grandes ejércitos, o, si se prefiere el empleo de términos abstractos en vez de términos concretos, protección y militarismo.

Hasta 1860, Europa había adoptado gradual, pero seguramente, la política del libre cambio. Las tarifas fueron disminuídas; el cambio internacional de productos fué estimulado por los estadistas de los diversos países. Se sostenía como dogma que si las distintas naciones ofrecían la ventaja de producir diversas clases de mercaderías, la ganancia comercial tenía que ser igual para todas: en otros términos, que la división del trabajo entre las naciones era tan natural y normal como la división del trabajo entre los individuos. Con el advenimiento del espíritu nacionalista nació en los pueblos el anhelo de que cada uno de ellos se bastara a sí mismo, la convicción de que el comercio con otros países significaba dependencia de ellos, la sospecha de que la ganancia en el comercio extranjero no era una ventaja sino para aquel país que exportaba más mercaderías y obtenía, en cambio, mayor cantidad de oro. Las tarifas empezaron a subir en vez de bajar. Los impuestos establecidos temporalmente como recursos de guerra fueron mantenidos después que cesaron las guerras mismas.

De igual modo, los ejércitos que habían organizado las naciones en la primera parte del siglo XIX eran relativamente pequeños. Aun aquellos países, como Alemania y Austria, que tenían una policía interior numerosa y servicial, sólo mantenían pequeños cuerpos militares contra sus vecinos. Los años que siguieron al de 1860 presenciaron también un cambio en esta materia. El sistema del servicio militar obligatorio para todos los varones adultos fué reforzado por Bismarck y Moltke, hasta que llegó a ser posible convertir la nación entera en un campamento armado, con un aviso previo de pocos días. Las victorias de Prusia contra Austria en 1866 y contra Francia en 1870 obligaron a las demás naciones del continente europeo a copiar la organización militar de Prusia. El deseo de los pueblos de poseer colonias donde pudieran adquirir riquezas, y el de adquirir dominios en todo el mundo, a fin de dar carácter imperial a sus Gobiernos, obligó a un aumento en las escuadras, proporcional al que habían alcanzado los ejércitos. Tan marcada es la convicción de la necesidad de estas organizaciones militares y tan profunda la desconfianza que cada nación siente respecto de los proyectos de sus vecinos, que la proposición hecha en los principios de la Conferencia de La Haya para reducir, de común acuerdo, las fuerzas de mar y tierra de las potencias allí reunidas, fué categóricamente rechazada y estuvo a punto de comprometer el buen éxito de la Conferencia misma.

Ya no imaginamos que los intereses de las naciones son idénticos. Ya no deseamos la remoción de las barreras que separan a la Humanidad en diversas partes. La «fraternidad» está casi abolida. Nos hallamos tan llenos de aspiraciones nacionales, que las aspiraciones humanas se han ido al fondo. Cada una de las naciones anhela ser la más poderosa. Si un cambio en las tarifas perjudica a Inglaterra o a Alemania, pensamos que es probablemente benéfico para América. En lugar de la armonía de intereses que los estadistas de 1850 soñaban en sus variadas gestiones, los estadistas de 1900 sólo piden apariencias de orden dentro de los antagonismos que los separan.

Este cambio de sentimientos en materia de política y en materia de comercio fué acompañado de otro cambio parecido en lo tocante a la moral.

Hasta la mitad del siglo se había observado la tendencia de suponer que los intereses del individuo y los de la comunidad eran idénticos, y que todo antagonismo aparente entre ésta y aquél era debido a falta de comprensión. Se pensaba que el egoísmo y el altruísmo racionales conducían al mismo resultado. Bastaba, en consecuencia, enseñar a un hombre lo que era verdaderamente bueno para él, pues de seguro trabajaría en favor de todos, y sería recompensado con mucha prosperidad, y con la aprobación de sus semejantes. Esta fué, sin duda, una teoría muy cómoda. Era muy agradable adquirir la certidumbre de que la conducta egoísta de cada uno tendría buenos resultados para todos. Era muy agradable imaginar que a fin de conseguir la prosperidad general podía recurrirse a los intereses personales y al espíritu público de los individuos. Pero se presentaban tantos casos en que el resultado era diferente, en que el egoísmo no recibía castigo ni el desinterés recompensa—, que esta doctrina de los intereses armónicos fué abandonada. Algunos, como Carlyle, atacaron audazmente la libertad y se proclamaron campeones de la autoridad. Lo necesario y deseable para una nación, según Carlyle, no era que los individuos siguieran su propio impulso, sino que se unieran bajo el gobierno de los más fuertes y mejores. Los paladines que continuaron en la defensa de la libertad lo hicieron, no porque la libre acción de las personas debía necesariamente producir los mejores efectos para la comunidad, sino porque daba al pueblo grandes oportunidades de obtener lo que él podía aprovechar.

En Inglaterra, la ruptura entre el viejo y el nuevo liberalismo no fué aguda ni repentina. Los liberales ingleses, bajo la dirección de Juan Stuart Mill, gradual y casi insensiblemente, abandonaron la doctrina de que el egoísmo producía excelentes frutos, y sustituyeron a ella la tesis de que la libertad individual daba ocasión a todos para el estudio de los diversos experimentos, con

el objeto de resolver cuál de ellos convenía mejor. Juan Morley, el principal representante de esta escuela, decía con acierto que Carlyle y sus discípulos incitaban a los hombres a seguir al héroe, pero no les daban las indicaciones necesarias para descubrirlo; mientras que la doctrina de Mill establecía las condiciones indispensables para encontrarlo, a saber: todos los caminos se dejaban abiertos a su paso, pues ningún hombre sabía de antemano por qué senda marcharía.

Mientras el asunto era así discutido en Inglaterra por hombres como Carlyle y Ruskin, de un lado, y Mill y Morley, por el otro, en el Continente, una escuela de pensadores había estudiado la cuestión a su manera, y propuesto una solución más audaz, aunque no más correcta. Una conducta ajustada a la razón, necesariamente, decían, es un egoísmo calculado. Si este egoísmo de los individuos no causa beneficio a la comunidad entera, tanto peor para ella. La vida, a juicio de estos hombres, es una lucha entre muchos tipos humanos, en la cual cada uno trata de aumentar su poder y de imponer su voluntad. El mejor de los hombres es aquel que triunfa.

Federico Nietzsche, por lo común, es mirado como el jefe de esta escuela, la cual, entre las muchas perversiones nacidas del darwinismo, ha sido la más dañina de todas. Pero Nietzsche mismo fué un autor de aforismos más bien que un inventor de sistemas. Para hacer una exposición metódica de los resultados de su teoría, conviene estudiar la obra de sus discípulos. Léase, por ejemplo, el libro de Loria sobre *Los fundamentos económicos de la constitución de la sociedad*. El derecho—dice Loria—es un mero concepto convencional que las naciones adoptan para poder dictar sus leyes. Pocos hombres alcanzan el poder; ellos promulgan sus reglas en beneficio propio, a expensas de los demás miembros de la sociedad. Si estas reglas son simples leyes, y nada más, los legisladores necesitan de la policía para hacerlas cumplir. La policía es muy liberal, y, sin embargo, como los jenízaros turcos, puede dar fuerzas a la ley en favor de unos

y en contra de otros. Es más conveniente y eficaz evitar la necesidad de la policía y persuadir al pueblo de que las leyes reciben una sanción sobrenatural, y de que los dioses castigarán a los culpables, si la policía no ejercita su acción. Tales son, según ellos, el origen y la naturaleza de la moral. Que los hombres instruídos se emancipen de tales preocupaciones. Que se convenzan de que la ley es un artificio y la moral una superstición. Que traten de realizar, hasta las últimas consecuencias, sus proyectos y designios individuales. Cada uno debe trabajar en beneficio propio:—ésta, dice el discípulo de Nietzsche, es la única teoría racional, la única concepción filosófica de la vida.

Estas palabras encierran un consejo peligroso. Un filósofo de esta escuela, que poseía gran talento, como lo era el mismo Nietzsche, se volvió loco; un filósofo de cortos alcances, como D'Annunzio, cayó en la sensualidad grosera. Si las ideas corrientes de moral son una ilusión, de todos modos, ellas protegen al hombre y a la razón que las profesa. Si el rechazo de la tradición y del ejemplo en beneficio propio significa cultura, debe confesarse que ésta lleva al foso o al pantano. Cualesquiera que sean los errores o peligros del complaciente optimismo de los filósofos ingleses, él se ha revelado inmensamente menos destructor que el complaciente, por no decir brutal, pesimismo de sus hermanos del centro de Europa.

Ambas teorías van cediendo su lugar a una nueva filosofía, o mejor dicho, a una nueva concepción de la vida, llamada con el nombre desgraciado de pragmatismo. De esta filosofía, que en su esencia no es sino el desarrollo de la teoría de tolerancia de Juan Morley, el primer defensor fué Guillermo James. Enrique Bergson, de París, es actualmente su más autorizado representante.

El criterio con que se demuestra la justicia o injusticia de una cosa es su duración. La supervivencia no sólo es el rasgo característico de la justicia, sino su prueba. He aquí lo que distingue la filosofía del pragmatista de la filosofía de Heriberto Spencer. Este adquirió la conciencia de

lo que era justo, y trató en seguida de probar que el universo seguía igual dirección. El pragmatista se empeña por descubrir, con la menor preocupación posible, el rumbo dominante en el mundo, y lo ofrece como el criterio de lo justo. Spencer era fundamentalmente un metafísico. Aunque poseía una prodigiosa erudición, se empeñaba siempre por ajustar los hechos a sus teorías. El filósofo de hoy, aun cuando se expresa en los mismos términos, lucha más bien por adaptar sus teorías a los hechos. Puede suceder que no siempre alcance buen resultado; pero, en lo que mira al método y al fin, lleva una gran ventaja sobre el evolucionista de la generación anterior.

En las especies inferiores, la lucha por la vida se traba entre los individuos: la planta o el animal que sobrevive es el que se considera mejor, porque es el más apto para desempeñar sus fines. A medida que ascendemos en la escala, ya no se observa esta lucha entre los individuos, sino entre las familias, entre los grupos, y, por fin, entre los diversos sistemas éticos. No es el individuo más desarrollado, sino el grupo mejor organizado o el sistema de mayor armonía, el que domina, y prueba, por tanto, su derecho a dominar. En esto, el pragmatista se halla de acuerdo con Nietzsche y sus discípulos. La lucha entre los individuos dentro del grupo, aunque no completamente muerta, está y debe estar subordinada a la disciplina del grupo y a las leyes de las aspiraciones del grupo, para que no perezca todo al mismo tiempo. Mantenemos las creencias que contribuyeron a conservar a nuestros padres. No se halla lejos de la verdad la presunción de que las mantenemos porque ellos las conservaron. Con esto no quiero decir que debemos en conciencia adoptar este o aquel credo porque nos es útil, como James parece indicarlo. De preferencia, me inclinaría a sostener que mantenemos la fe de nuestros padres como una intuición y que la practicamos como un instinto. La ciencia más segura, según el pragmatista, es aquella que, establecida por la tradición, se convierte en intuitiva. El raciocinio participa de la naturaleza de la investigación. Si

necesitamos raciocinar, esto quiere decir que falta el acuerdo entre nuestros compañeros, y probablemente la certidumbre en nuestros espíritus. Juzgo como probable que dentro de 10 años todo pragmatista perfecto dirá que lo que sabemos lo sabemos por instinto, y que el empleo de la inteligencia es una confesión de ignorancia. De esto, mucho, por lo menos, es cierto: mientras mejor sabemos ejecutar una cosa, menos necesidad experimentamos de nuestro razonamiento para hacerla.

¿Cuál es entonces el valor de toda esta psicología sobre filosofía política y moral? Hacernos volver a la verdad fundamental de que somos miembros de un mismo cuerpo. La sociedad no es un mero agregado de individuos unidos por el interés egoísta, como lo habían afirmado los filósofos en la primera mitad del siglo XIX, y, menos aún, un agregado de personas distantes unas de otras por la lucha de la existencia, como lo sostenían algunos hace 25 años. La historia humana presenta una lucha de grupos más bien que una lucha de hombres y mujeres aislados. Los instintos morales y religiosos que sirven al grupo de estrecho lazo, condenados, no hace tantos años, como preocupaciones añejas, encierran mayor valor que la inteligencia de los individuos mismos. En nuestra filosofía práctica, de la política y de la vida, volvemos a estar de acuerdo con la opinión de Edmund Burke:

«Nos espantamos cuando vemos a los hombres vivir y comerciar sin otro capital que su propio juicio, porque calculamos que este capital en cada uno de ellos es pequeño, y que los individuos procedían con mayor acierto si se aprovecharan de la Caja común y del capital de las naciones y de los siglos. Muchos de nuestros hombres de pensamiento no censuran las preocupaciones generales, y, a la inversa, emplean su sagacidad en descubrir la sabiduría oculta que ellas contienen. Si encuentran lo que buscan, y rara vez fracasan, juzgan más sabio conservarlas con la verdad que encierran, antes que arrojar el ropaje de la preocupación, y dejar desnudo al buen sentido; porque la preocupación ofrece un motivo poderoso para poner en

actividad el buen juicio y un estímulo eficaz en pro de la verdad.. La preocupación convierte en hábito las virtudes humanas, las cuales de otro modo no son sino actos inconexos. El deber en los hombres es un acto natural cuando pasa al través de una sana preocupación.»

INSTITUCION

IN MEMORIAM

RECUERDOS DE UNA VIDA EJEMPLAR

GINER DE LOS RÍOS (1)

por Un Amigo de Giner.

I

Toda la prensa, sin distinción de matices, juzgando a este hombre insigne, que hemos perdido, por sus hechos públicos, le ha tributado, con motivo de su sensible muerte, el más sentido homenaje de consideración y respeto, coincidiendo todos en que fué una figura venerable y un modelo de consecuencia y austeridad.

Nada será preciso, después de este reconocimiento general de sus virtudes, para enaltecer su memoria; pero con todo esto, con ser meritorio y constituir un legado inmenso que puede enorgullecer a su familia y a sus numerosos y entusiastas amigos, vale tanto, como el gran tesoro que representan sus recuerdos o hechos íntimos; nosotros queremos hacerlos públicos, para que puedan servir de estímulo a las personas honorables y para que a la vez se conozca del todo la magna obra de aquel hombre bueno y sabio, honra de España.

De la manera más breve posible, ya que la minuciosidad de los detalles haría preciso escribir un libro, relataremos lo más saliente de su vida íntima, como político, como científico y como persona social, todo caballeridad e hidalguía.

El hombre político.—Su historia bajo este aspecto es bien notoria, pero lo que sólo conocen algunos le acredita de persona verdaderamente admirable y generosa.

(1) Un amigo de Giner de los Ríos, un gran amigo leal y entusiasta del gran hombre que acaba de bajar al sepulcro, nos entrega unas cuartillas que están escritas, más que con la pluma, con el corazón.

Son estas cuartillas, que nosotros damos a las cajas con veneración y recogimiento de creyentes fervorosos, ofrenda de un hombre sano de alma y de espíritu a la memoria del maestro, del apóstol, del dios... Sirvan, pues, de ejemplo a los extraños, y de recuerdo a los que sentimos por Giner de los Ríos el respetuoso cariño que se siente por el padre sabio, bueno y virtuoso... (Nota de *El Liberal*.)

Su adhesión a Lerroux, sinceramente sentida, no obedecía a otro estímulo que a su creencia de que representaba el máximo del sentido republicano, y así no hubo fuerza humana, ni su amistad con Salmerón ni Azcárate, ni las presiones de algunos, que le hicieran dejar de prestarle su adhesión más absoluta.

Únicamente cuando alguien le dijo, «ha estado usted a punto de ser ministro», o cuando el jefe radical dió una nota que Giner creyó de poco antidinastismo, se sintió separado políticamente de aquél. Tales eran sus convicciones, que nunca pudieron vencerle para que aceptara altos cargos, a los que reiteradamente le invitaron desde Moret a Romanones. Era en este punto irreductible, y nunca fué posible incorporarle, a pesar de haber sido muy repetidos e incesantes los ofrecimientos al Consejo de Instrucción pública, que puede considerarse un organismo independiente de la política, pero que, como él decía, necesitaba la sanción de la Corona. Y esto es tan cierto, que muchos ministros liberales elevaron a aquel alto Cuerpo a personas que el ilustre finado les indicaba.

Su imparcialidad era grandísima, pues no titubeaba en rectificar sus juicios con tal de rendir culto a los ideales, y del mismo modo que, dejándose llevar de su característica nerviosidad, dijo en un momento que fué público, al ilustre jefe republicano Sr. Lerroux, que no podía acompañarle por el camino que señalaba en uno de sus discursos, y que a él le parecía se asomaba a la monarquía, más tarde, cuando en el formidable discurso de aquél en Valencia encontró notas de ortodoxia republicana y acentos de gran sinceridad y afirmación política, se apresuró a rectificarse y fué la suya una de las más cariñosas y entusiastas felicitaciones que en aquel entonces recibiera Lerroux.

A cambio de estas sinceridades y entusiasmos, su desprendimiento y falta de aspiraciones, no tenía límites, pues casi siempre se resistía a aceptar puestos, y bien claramente lo dicen los hechos que vamos a relatar como últimos rasgos de su actuación política.

Dos o tres meses antes de las elecciones generales por virtud de las cuales se halla constituido el actual Parlamento, le escribía Melquiades Alvarez: «Hombres como usted no pueden faltar en las futuras Cortes. Yo me propongo hacer lo que pueda por llevarle a ellas, y si hay fracaso, seré yo el derrotado...»

Giner, con aquella inmensa gratitud que sentía por cuantas atenciones le dedicaban, contestó al actual presidente del Congreso que sentía cierta resistencia a acep-

tar, y que renunciara a su propósito. «Ya será en otra legislatura»—decía—, convenido, sin duda, de que no era tan inmediata su muerte.

Lo mismo que D. Melquiades, tuvo Lerroux empeño en llevarle a estas Cortes. Además de su ofrecimiento, comisionó a amigos de ambos, entre ellos al senador Sr. Gómez Chaix, para que fuera a Granada a vencer sus escrúpulos; pero ni aquella intervención, ni el consejo de algunos de sus allegados consiguieron vencer su resistencia, y cuando los que mayor ascendiente tenían sobre él le asediaban para que se rectificase, les contestaba con aquella solemne e irrevocable decisión que tenía cuando se negaba a recibir mercedes. «Además, hay una razón suprema e indiscutible para yo no aceptar ese apoyo de mi querido D. Alejandro, y es el que pudiera creerse que mi acta venía envuelta en una felicitación», refiriéndose a la que, como hemos dicho, le había dirigido por su discurso de Valencia.

El hombre de ciencia y propagador de la cultura y de la higiene escolar.—En este punto era una figura verdaderamente extraordinaria y maravillosa Giner de los Ríos.

Aparte de sus muchas obras de enseñanza, su entusiasmo y sus procedimientos inéditos eran algo tan admirable y tan personal suyo, que al azar vamos a relatar algunos casos que nos son conocidos.

Dos cosas sobresalían en este aspecto de su vida: el cariño inmenso a sus alumnos y el tesón y entusiasmo que ponía en la ejecución de las obras de este carácter que concebía.

Sus discípulos, como él decía, mandaban en él con el mayor grado de influencia. Siendo alcalde resolvió asuntos y concedió galones a varios individuos de la Guardia municipal, cosa esta muy usual en aquella época, respondiendo a la indicación de «sus muchachos». Los interesados solicitaban los ascensos así, porque llegó a trascender esta característica o debilidad suya.

Cuando creó las colonias escolares, que, como las escuelas de bosque, fueron iniciativa suya, el primer año de esta beneficiosa e inmensa obra, que honra al Ayuntamiento de Barcelona, no había quien se prestara a ser colono, sin duda porque desconocían los resultados y sentían los padres el temor de entregar sus hijos al cuidado de personas extrañas. Ante estas dificultades, decía Giner a sus allegados: «Por Dios, buscadme chicos y chicas que vayan a las colonias», y yendo sus servidores y amigos casa por casa y escuela por escuela, logró que salieran los primeros

grupos y que encauzaran esas provechosísimas expediciones infantiles, que ahora son, como dejamos dicho, muestra de acierto de nuestra Corporación municipal y tesoro de salud para infinitos escolares de ambos sexos. Las mismas dificultades venció, por su empeño personal, en el primer período de las escuelas de bosque.

De sus procedimientos como profesor podía escribirse mucho; pero como ello no cabría dentro de los límites de una crónica, nos limitaremos a dar a conocer su extrema generosidad y su sistema o procedimiento de exámenes. Sus libros de texto eran los más baratos; publicaba los dos programas de sus asignaturas juntos, para que no costaran más que una peseta, y durante sus excedencias como diputado a Cortes, del producto de la venta de aquéllos, daba una participación al catedrático que le sustituía. Además de esto, si al llamar a alguno de sus discípulos distinguía al hijo de alguno de sus amigos, le preguntaba: «¿Tú eres hijo de D. Fulano?», y si le contestaba afirmativamente, le decía: «Dile a tu padre que no te compre el libro, que te lo regalo yo...»

Sus exámenes llevaban el sello o el interés de la imparcialidad. Días antes de efectuarlos entregaba a cada uno de sus alumnos una lista de todos, y les decía que al margen de cada uno escribiera el calificativo que él le daría si fuese el catedrático, y en sobre cerrado se lo iban entregando, y cuando tenía todos estos datos reunidos, los examinaba detenidamente, y con una paciencia de benedictino, y después de comparados con notas durante el curso, hacía las calificaciones, que casi siempre coincidían con las de la mayoría.

Como complemento de esto, prestaba una protección completa a los estudiantes aplicados, y toda su vida oficial ayudó a seguir la carrera a los que demostraban condiciones y por azares de la fortuna no podían continuarla, lo mismo si eran de tendencias religiosas o estaban en los colegios de éstos, que si tenían otra significación o tendencia, y como complemento de esto, aun paga tres o cuatro títulos de Bachiller en nuestro Instituto.

II

Rasgos de humorismo, delicadeza y generosidad.—Bajo este epígrafe, era inagotable el ilustre maestro, y no es posible recopilar brevemente lo mucho que en aquel orden de cosas hizo durante sus últimos años.

Tan arraigados tenía sus sentimientos de amor al prójimo, que nunca dejó de contestar una carta de las personas necesita-

das ni de facilitarles los medios que podía para mejorar su situación.

Al ir a su clase del Instituto, siempre se tropezaba con algún necesitado, y no se limitaba a darle lo que podía, sino que recordarán bien muchos de sus compañeros de claustro que, llegando varios de aquéllos hasta la sala de profesores, además de su socorro, los comprometía diciéndoles: «Amigo Fulano, un par de reales para este desventurado»..., y así iba repitiendo la petición a todos sus compañeros que había en la sala, y tras un día otro y otro.

¡Cuántas veces ha ido a llevar una limosna hasta las cabañas de Montjuich! Las pruebas de su delicadeza y generosidad fueron incomparables e infinitas. Citaremos algunas solamente.

Vivió todo el tiempo que pasó en Barcelona en una desahogada torre de la barriada de San Gervasio, que cuidaba con una pulcritud y un interés grandísimos. La dueña estaba encantada de las mejoras que hacía Giner de los Ríos, y siempre estaba elogiando el proceder de su inquilino. Él, por su parte, correspondía siempre que se le presentaba ocasión, pero puntual e invariable cuando llegaba la fecha que tenía marcada del arriendo.

En estos días, al final de cada año, cuidadosa y delicadamente recogía las más frescas y hermosas flores del jardín de su casa, y, finalmente, se las enviaba a la propietaria D.^a Matilde (ahora no recordamos el apellido). Pero esto, con ser desusado, no era muy costoso y era preciso coronarlo de un mayor desprendimiento. Como lo sentía, se le presentó el día de ejecutarlo después de algunos años, y con sorpresa extraordinaria para las contadas personas que conocemos el caso, dijo nuestro inolvidable amigo a un servidor suyo: «Vaya usted a casa de D.^a Matilde a pagarle el recibo de este mes, y dígame que me han dado un quinquenio y aumento de sueldo, y que yo, por tanto, «le subo cinco duros el alquiler de la casa».

Aquella distinguida señora se quedó sorprendida y se resistía, alegando cortésmente que tenía bastante con el honor de que ocupara Giner su casa; pero quieras o no, tuvo que aceptar los cinco duros de aumento que con tanta espontaneidad le señaló su admirado inquilino.

Otro día, D. Gildo envió a pagar un recibo a la mutua de propietarios para la extracción de letrinas, y al extrañarse de que le cobraban dos pesetas menos que el mes anterior, hizo que las tomaran, porque él pensaba que le hacían aquella rebaja porque a la sazón era concejal, y eso decía él que era obligarle para no poder ejercer justicia, si llegaba el caso. Y aquella So-

ciudad tuvo que irle librando los recibos sucesivos sobre la base citada.

A cambio de estas larguezas, no había fuerza humana que le hiciera aceptar obsequios de nadie. Siendo presidente de la Comisión de Gobernación del Ayuntamiento, los reclusos del asilo Durán, siguiendo la costumbre que años atrás tenían, le llevaron a su casa, como a todos los presidentes anteriores, un objeto por aquéllos construido o elaborado. La muchacha se encontró con un músico que ella creyó había encargado, porque cabalmente lo necesitaba Gloria, la hija de Giner, hoy cultísima profesora de la Normal de Granada, y se quedó con él; pero al llegar a su casa y verlo el ilustre catedrático, se enteró de que era el obsequio de los asilados, y deseando tener una obra ejecutada por aquellos por quienes debía, por su cargo oficial, cuidar, llamó a un carpintero, le hizo tasar lo que valía, e inmediatamente envió al director su importe y dos duros más.

Otra vez, al regresar de una de sus ausencias, motivadas por la asistencia a las Cortes, como diputado, se encontró con un paquete de habanos que se había tomado y colocado entre los libros, única cosa que no rechazaba. En seguida, puso en movimiento a todas las personas de su casa para averiguar la procedencia de aquellos cigarros, y después de muchas pesquisas, se logró saber que se los había enviado un periodista e íntimo amigo suyo, de los que le llamaban Gildo; pero, a pesar de su amistad con él, se empeñó en devolvérselos, y así lo hizo.

Otra prueba de su gran generosidad y desinterés la dió durante el tiempo que fué alcalde de Barcelona.

Como es sabido, esta autoridad—y más antes que ahora—tenía la facultad de hacer algunos nombramientos de brigadas, consumos, etc. Para estos modestos empleos, tenía Giner infinitos compromisos, muchos de ellos personales; pero con haber dado tantos, nunca alcanzó el beneficio a lo que pudiera llamarse interés propio.

En su casa tenía para que cuidara el jardín a un buen hombre, y a aquél se le ocurrió que podría darle un volante de brigadas. Lo patrocinó su distinguidísima, ilustre, culta y hoy desolada señora. Don Gildo tomó nota, y encargó a su secretario que cuando hubiese ocasión se sirviera «al recomendado de Laura»... Fueron ocurriendo vacantes, y cada provisión que había que hacerse, el secretario le recordaba a aquel buen hombre que nunca tuvo la suerte de ser favorecido. Unas veces decía que le había pedido el puesto el capitán general, otras el gobernador, y que no podía negarse, porque siendo enemigos

políticos suyos, podían tomarlo a descortesía. En otras ocasiones, se llevaban las plazas los concejales de las distintas tendencias...

Al saber que a los dos o tres días tenía que entregar el cargo de alcalde al Marqués de Marianao, dijo sentenciosamente: «Si hay «algún volante» antes de marcharme, «para el recomendado de Laura», sin preguntarme nada.» Llegó la ocasión, y su auxiliar le puso a la firma el nombramiento, que no firmó, con la excusa de que don Pedro Corominas, uno de los hombres catalanes a quien más quería y admiraba, y a quien distinguía extraordinariamente por su talento y formalidad, había ido a decirle que un pobre hombre que estaba tildado de anarquista, y que estuvo preso con él en Montjuich, necesitaba un volante, para que cesara la persecución de que era objeto. Ante estas consideraciones, se cambió el nombre del volante, y «el recomendado de Laura», a quien perdimos de vista, probablemente estará sin puesto oficial a estas horas...

III

Su pasión por la justicia y sus dotes de imparcialidad.—Dentro de estas manifestaciones era sencillamente extraordinario y sublime, y nadie pudo hacer que se doblegara ante estas excelsas virtudes. Sus diversas actuaciones como presidente o vocal de oposiciones, de concursos o jurados fueron un dechado de extremada conciencia.

Señalaremos, entre tantos casos de este carácter, dos solos hechos perfectamente comprobables.

Fué el primero siendo presidente de la Comisión de Gobernación de nuestro Ayuntamiento: Abrióse concurso para la adjudicación del premio Martorell, cuyo jurado le correspondía presidir. Una de las colecciones más valiosas la poseía el marqués de Cerralbo, decidido a tomar parte en aquél; pero al enterarse de que un republicano había de fallarlo, sintió dudas, que expuso al secretario de aquel certamen, que era el malogrado y honorabilísimo D. Ignacio de Janer (q. e. p. d.), caracterizado correligionario suyo, quien, según tenemos entendido, le contestó que acudiera sin reparo, «porque Giner le haría justicia». Alentado el marqués por aquellos imparciales y exactísimos informes, envió su colección; y en efecto, después de aquilatar su mérito minuciosamente, vino el fallo, distribuyendo el premio entre el prócer difunto y otro también fallecido, que fué, si no nos equivocamos, al ilustre Sr. Sagarra.

Ante esa prueba de rectitud, el Marqués

de Cerralbo no organizaba ninguna fiesta en su palacio a la que no le invitara con gran empeño y con cariñosas líneas auténticas — no hay que decir que Giner siempre se limitó a agradecer la delicadeza.

Otra nueva prueba de su insuperable imparcialidad y rectitud la dió votando para catedrático de un centro de enseñanza de Soria a un sacerdote, en contra de altísimas recomendaciones y con verdadera admiración del interesado, que le llamaba «padre oficial». «Lo merecía—le contestaba siempre—; yo no tengo que saber cómo se llama y quién es; para mí es usted un compañero meritísimo y digno de mi consideración y de mi afecto». Y como estas realidades, mil; unas veces del lado de una tendencia, de la suya, y otras, de parte de los contrarios. ¡Siempre al que lo merecía!

Cuando calificaba a sus «enemigos políticos», siempre ponía al lado de sus censuras alguna nota de enaltecimiento: en cambio—solía decir—es un hombre de gran talento, es persona que vale y que en algunas cosas obra con acierto. A eso, sin duda, se debe el respeto que todos le ofrendaban, y al que correspondía: a algunos, con un afecto y amistad entrañable, como a Durán y Ventosa, Puig Alfonso y Pedro Corominas, de quien hemos hablado anteriormente; a otros, por sus características y méritos especiales, como a Cambó, Ventosa y Calvell y Puig y Cadafalch; y a otros, por sus empeños por la cultura, como Bofill y Matas y Nicolau d'Olwer.

Las ofensas o los agravios que recibía y sus resentimientos no duraban en él más que el tiempo que tardaba en conocer algo bueno, a su juicio, de los que se las enviaran. Entre las cosas que más le contrariaron, fué la pérdida de su cátedra, en virtud de la disposición o decreto del señor Alba, disponiendo que se hicieran efectivas automáticamente todas las jubilaciones. Le costó mucho trabajo someterse, porque se encontraba en plena lozanía de facultades, aparte de su cariño a la enseñanza, y dominado por ese empeño, pasó algún tiempo molesto con el actual ministro de Estado; pero a la primera cosa que hizo éste acertada, a su juicio, iba por delante su felicitación, a la que respondía el señor Alba, reforzándola con unas líneas finales de su puño y letra, que decían poco más o menos: «agradecido quedo, don Gildo, y me alegro que se le haya pasado el enfado».

Su cariño a Barcelona y su identificación con sus costumbres.—Necesariamente habremos de tratar muy sintéticamente sobre este punto, que en algunas ocasiones se convirtió en admiración a Cataluña y a sus obras.

En sus distintos viajes de propaganda, en sus discursos del Congreso, jamás dejó Giner de los Ríos de entonar un canto de alabanza a esta gran región, sin que jamás dejara de intervenir en los debates que la afectaban, y que fueron muchos durante las tres o cuatro legislaturas que tuvo su representación.

Además de esto, tuvo iniciativas personales en beneficio de Barcelona, que son públicas, y él fué quien trabajó y obtuvo la creación de la cátedra de Derecho catalán en nuestra Universidad literaria.

Pero sobre esto y más que esto, con ser mucho, lo que prueba su gran cariño a esta ciudad es que, a pesar de llevar más de cuatro años jubilado y de vivir casi siempre fuera de ella, no hubo medio de que él dejara de ser, oficialmente, vecino de Barcelona, y aunque le resultaba más caro, su pensión la tenía domiciliada aquí, y mensualmente se le enviaba a Madrid o Granada, y las cédulas las sacaba también en esta ciudad, poniendo incluso, para que la clasificación fuera mayor, una pequeña renta que su esposa y su hermana política tienen en Málaga, y no admitía aquel documento sin que se incluyera esa pequeña renta, para que no pudiera decirse que defraudaba o le costaban más baratas por los afectos o amistades que tiene en el Ayuntamiento de Barcelona... Estas eran sus palabras.

En su casa, hacía veinte años, cuando sus hijos Gloria y Bernardo eran solteros, se reunían todos los domingos distinguidas familias conocidas suyas.

Acuden ahora a nuestra memoria las de Gorina y Muntaner, de origen nobilísimo catalán y de una posición elevada. En aquellas reuniones se trataba de todo: entre los hombres, de cultura y de arte; entre las damas, de música y de indumentaria, y todos juntos, unas veces se entretenían en juegos de prendas, otras se cantaba, pues no faltaba nunca la familia de su ilustre sobrino, el que fué digno alcalde de Barcelona, señor Morales Pareja, con sus hijos, que eran y son muy entendidos.

Cuando —y esto sucedía muy frecuentemente— se organizaba un baile entre los concurrentes, muchos de ellos gente moza, nunca faltaba entre las piezas bailables alguna sardana, y allí, en aquella cuidada y sencilla casita de San Gervasio, hemos oído con gran devoción los versos que para uno de aquellos típicos trozos musicales compuso el gran Maragall, los cuales se cantaban por la mayoría y se oían por todas con una gran devoción y entusiasmo.

Y no era sólo a esta manifestación catalana a la que en aquella casa y entre la familia Giner se rendía culto, sino que sus hijos, los de Gorina y otros, organizaban constantemente excursiones a todos los rincones artísticos de Cataluña y cultivaban el sport de la nieve, para poder recorrer en alegres y distinguidas caravanas todas las montañas y alturas del Pirineo y de la Cerdeña, visitando y recogiendo todos los monumentos que se levantaban en pueblos, villas y ciudades de esta región, de los que hizo D. Gildo en sus libros y en sus conversaciones los mayores y más entusiastas elogios que el catalán más apasionado de sus riquezas y tradiciones pueda hacer.

Quedan consignados rápidamente, y al correr de la pluma, algunos de los rasgos y condiciones íntimas del gran hombre que ha perdido España, a quien dedicó toda su inmensa actividad y talento. Cataluña, donde vivió muchos años y donde alcanzó los altos puestos que desempeñó como político, tiene muchos motivos de gratitud para él. Andalucía, por ser la región donde nació y donde ha muerto, tiene también grandes pruebas de su inmensa generosidad, y en las demás provincias era muy conocido y respetado, por su copiosísima obra científica y por su acendrado patriotismo. Así se ha visto que al dejar esta vida, todos los periódicos, incluso los de ideas más opuestas a las suyas, le tributaron espontáneos elogios, sin que nadie le censurara. *La Publicitat*, haciéndole justicia, dijo al día siguiente de su fallecimiento que había muerto un hombre que fué siempre leal a sus convicciones y de una austeridad indiscutible.

Muchas de sus condiciones excelsas han sido legadas y serán mantenidas por sus hijos y sobrinos, y ya las posee y ejercita en alto grado su sobrino e hijo político don Fernando de los Ríos, íntegro y distinguido diputado a Cortes socialista.

¡Descanse en paz el hombre bueno y sabio, que perdurará en el corazón y en la memoria de los muchísimos amigos y protegidos con que contaba y que seguramente no tuvo enemigos, más que en los momentos de lucha, en que se exacerbaban las pasiones, pues luego se reconocía unánimemente la rectitud y la nobleza de sus procedimientos e intenciones!

Agosto, 1923. (*El Liberal*.)